

ARTÍCULOS DESCONOCIDOS DE UNAMUNO EN *EL DÍA GRÁFICO* DE BARCELONA

Unknown Articles of Unamuno in El Día Gráfico of Barcelona

Manuel M.^a URRUTIA LEÓN

Universidad de Deusto (Bilbao)
murrutia@soc.deusto.es

Fecha de aceptación definitiva: 24 de septiembre de 2008

RESUMEN: Esta investigación presenta la colaboración de Miguel de Unamuno en *El Día Gráfico* (1913-1916), periódico de Barcelona, e incluye 17 artículos desconocidos.

Palabras clave: periodismo, Barcelona, textos desconocidos.

ABSTRACT: This investigation presents Miguel de Unamuno's contribution to *El Día Gráfico* (1913-1916), newspaper from Barcelona, including 17 unknown articles.

Key words: journalism, Barcelona, unknown texts.

En esta «nota de investigación» me acerco a una nueva publicación en la que colaboró Miguel de Unamuno con una cierta asiduidad, sobre todo entre los años 1914 y 1916: el periódico *El Día Gráfico* de Barcelona. De los más de cuarenta artículos escritos para el diario, aún 17 permanecen desconocidos para los unamunistas. Con ellos, son ya más de 600 los textos desconocidos que he ido publicando aquí y allá en los últimos diez años, y que algún día, como esperamos todos los unamunistas, pasarán a formar parte de unas verdaderas *Obras Completas* de don Miguel de Unamuno.

El Día Gráfico, apellidado «Diario de la mañana», fue fundado por Santiago Vinardell y vio la luz el 12 de octubre de 1913 en la ciudad de Barcelona. Pocos días después, el 6 de noviembre, ya aparece un primer texto de Unamuno, *Casas baratas para obreros*, si bien la colaboración propiamente dicha comienza el 29 de agosto de 1914 y se prolonga durante dos años, hasta setiembre de 1916, aunque bastante después, en los años treinta, aún aparecerán varios artículos, que ya conocemos, en el diario barcelonés (como *Biología e ideología* o *Profecías*).

Además de Unamuno, podemos señalar las firmas de G. Alomar, Emilio Junoy, Xenius, J. Montaner, R. Marquina o J. Zulueta entre los colaboradores frecuentes del periódico. Junto a los artículos de todos ellos aparecería el siguiente texto: «NUESTROS COLABORADORES. Deferente EL DÍA GRÁFICO con todas las ideas, respetará en esta sección, las opiniones de sus colaboradores, aun cuando en ocasiones no participe de ellas».

Por lo que se refiere a la colaboración de Unamuno será anunciada a gran tamaño, prácticamente el doble que lo habitual para los otros colaboradores, el 18 de agosto de 1914, de la siguiente manera:

Nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que desde hoy figura entre los constantes colaboradores de «El Día Gráfico» el ilustre escritor

Don Miguel de Unamuno.

Próximamente publicaremos el primer artículo del sabio Rector de la Universidad de Salamanca, cuya gloriosa labor filosófica y literaria es justamente admirada en el mundo intelectual.

O aún, diez días después, el día anterior a la aparición del primer artículo, un nuevo anuncio recordaba a los lectores: «mañana publicaremos un interesante artículo de nuestro ilustre colaborador, D. Miguel de Unamuno, bajo el título *Español-Portugués*». El artículo inauguraría la participación del escritor bilbaíno que señaló a continuación. De ellos, los 17 indicados en cursiva, son reproducidos seguidamente al permanecer aún desconocidos.

EL DÍA GRÁFICO (Barcelona)

(1) 6 noviembre 1913. *Casas baratas para obreros* (1).

(2) 29 agosto 1914. *Español-Portugués*. IV, 526¹.

(3) 2 setiembre 1914. Primera visión europea del Japón. IV, 1337².

1. UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas* (Edición de Manuel García Blanco). Madrid: Escelicer, 9 tomos, 1966-71 (cito tomo y página: IV, 526).

2. UNAMUNO, Migel de. *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial* (Introducción y edición de Christopher Cobb). London: Tamesis Books Limited, 1976 (cito abreviatura y página: Cobb, 3).

- (4) 6 setiembre 1914. Una carta de Unamuno. Sr. Director de EL DÍA GRÁFICO. Cobb, 3.
- (5) 26 setiembre 1914. *Un documento* (2).
- (6) 30 octubre 1914. *El perfecto erudito* (3).
- (7) 12 octubre 1914. Elocuencia y poesía. VII, 867.
- (8) 17 octubre 1914. La calle de Don Juan López Rodríguez. IV, 417.
- (9) 30 octubre 1914. Uebermensch. IV, 1367.
- (10) 7 noviembre 1914. La sugestión académica. IV, 420.
- (11) 14 noviembre 1914. Qué libro mío prefiero. VIII, 334.
- (12) 22 noviembre 1914. *La mentira como arma de combate* (4).
- (13) 27 noviembre 1914. El célebre Bénitez. VII, 577.
- (14) 3 diciembre 1914. ¡Investigación! Cobb, 7.
- (15) 6 diciembre 1914. *Franco-Alemania* (5).
- (16) 29 diciembre 1914. ¡El estilo Koolosal! VII, 865.
- (17) 4 enero 1915. *La señora no quiere libros* (6).
- (18) 15 enero 1915. Sobre el gran Roque Guinart y su imperio. V, 1049.
- (19) 1 febrero 1915. Sobre el regionalismo español. VII, 589.
- (20) 17 febrero 1915. *Nuestro pacifismo es pereza* (7).
- (21) 2 marzo 1915. *Felipe II, Napoleón y el Kaiser* (8).
- (22) 10 marzo 1915. Más sobre el célebre Bénitez. VII, 583.
- (23) 22 marzo 1915. *Helenismos* (9).
- (24) 5 abril 1915. *Realismo inhumano* (10).
- (25) 15 abril 1915. *Ibo, Videbo, Vincam!* (11).
- (26) 23 abril 1915. Castelar. VIII, 340.
- (27) 2 mayo 1915. *La sobrenación* (12).
- (28) 30 mayo 1915. *De Valladolid* (13).
- (29) 6 junio 1915. *Ama a otros pueblos como al tuyo propio* (14).
- (30) 20 junio 1915. El egoísmo de Tolstoi. IV, 1397.
- (31) 6 julio 1915. ¡Hace falta un hombre! Cobb, 22.
- (32) 19 julio 1915. El diputado modelo. IV, 1102.
- (33) 2 agosto 1915. *Burguesía intelectual* (15).
- (34) 22 agosto 1915. Nuestros tontos. Cobb, 25.
- (35) 4 octubre 1915. Morirse de sueño. III, 973.
- (36) 12 noviembre 1915. Pensar con la pluma. VII, 870.
- (37) 10 abril 1916. El alma y el Estado. Cobb, 32.
- (38) 4 mayo 1916. ... ¡y aquí no ha pasado nada! Cobb, 37.
- (39) 23 mayo 1916. *¡Todo lo hace el garbanzo!* (16).
- (40) 21 agosto 1916. Más de la guerra civil. Cobb, 49.
- (41) 17 setiembre 1916. *Matar la eternidad* (17).

1. CASAS BARATAS PARA OBREROS

Llevado de mi estatismo, que es cada día mayor, propendería a sostener que debe ser función del Estado la de proporcionar casas baratas a las clases menesterosas o de pequeños sueldos, mas me doy cuenta de los inconvenientes que esto tiene, y más en España. Y acaso sea lo más práctico asimilar esa necesidad a la del seguro de vida.

Las jubilaciones, viudedades, orfandades y toda forma de los llamados derechos pasivos son hoy, para los funcionarios públicos, atención del Estado, y cabe decir que es éste quien les asegura la vida. Y se tiende por muchos a extender el procedimiento creando seguros para obreros. Mas la experiencia enseña que resulta mejor dejar encomendada esa función a empresas privadas, debidamente inspeccionadas y «controladas».

Si no temiera alargar esta nota, podría exponer los trastornos que a la enseñanza primaria trae la Caja de derechos pasivos del magisterio, y cuánto mejor es promover y garantizar la formación de montepíos. Montepíos de que alguna vez se apoderó abusivamente el Estado, cargando, a cambio de ello, con una atención que exige gran destreza técnica.

Otra cosa sería hacer el seguro obligatorio. Y así, en vez de descontar a un empleado un tanto por cierto de su sueldo para derechos pasivos, aumentarle aquél y que se asegure por sí mismo, o tal vez obligarle, en algún modo, al seguro.

Una función análoga a la del seguro de vida es la de la habitación barata y sana y acaso más de urgencia que aquélla. Y ya que no pueda, hoy por hoy al menos ser función del Estado —lo cual sería el ideal—, proporcionar viviendas baratas a las gentes de modestos recursos, debe ser atención suya no sólo proteger sino fomentar, vigilándola, toda empresa privada que tienda a subvenir a esa «primera necesidad nacional».

En la escandalosa carestía de vida de la mayor parte de las ciudades españolas constituye uno de los mayores escándalos el precio subidísimo de los alquileres de las casas, consecuencia del excesivo sobreprecio que aquí alcanza el suelo, sea para cultivo, sea para construcción urbana.

Tal vez el más apremiante y más importante problema nacional, por encima de los que dividen a nuestros partidos políticos —problemas muchos de ellos, como de la lujuria de los viejos se dice, de cabeza o cerebrales— es el de abaratar la vida y hacer que la justicia reine en el reparto, hoy injustísimo, de la propiedad y de los impuestos a ella gravados. Y en el problema de abaratar la vida el del abaratamiento de la vivienda es capitalísimo.

Tal vez no sea tan paradójico como a primera vista puede parecer el sostener que es más fácil que el abaratamiento de las viviendas traiga el de las subsistencias que no la inversa. Propendo a creer, por razones que sería prolijo explicar aquí, que en nuestras ciudades una baja en los alquileres de las casas traería un abaratamiento de las subsistencias. Es decir, que la fórmula:

«la casa barata abaratará el pan» me parece más exacta que estotra: «el pan barato abaratará la casa». Y más bien que encarece el pan porque encarece la casa, que no que encarece la casa por encarecer el pan. Lo primordial es la tierra. Y conozco el caso de algún pueblo al cual después de haberle desposeído de tierras de cultivo, que en un tiempo fueron del común, ha podido defenderse porque le quedaron las viviendas, las casas, que eran de los vecinos mismos, y junto a esto los ejemplos pavorosos y trágicos de Municipios enteros que han desaparecido, arrasándose sus viviendas y hasta arando sus cementerios cuando viven los hijos de los allí enterrados, para que ocupe el ganado animal el lugar que dejaron los hombres.

No puede haber patria mientras no se cree, en lo posible, el «homestead», el verdadero hogar, aquel pedazo del solar de la patria que sea la patria de cada ciudadano, la propiedad inviolable de la familia. Las familias sin suelo propio no pueden formar una patria próspera y sobre todo libre.

Es, pues, cuestión de la más alta moralidad predicar los fines que la Sociedad «Fomento de la Propiedad» se propone, como es cuestión de la más alta moralidad promover el seguro de la vida. Lo uno y lo otro se completan. El seguro de vida le enseña a uno la virtud de la previsión y de la continencia y a saber sacrificarse al porvenir de mis hijos; enseña la continuidad moral de la familia y los deberes para con nuestros sucesores. Y el deber —creo poder llamarle así— de procurarse un solar propio, de libertarse del alquiler perpetuo, enseña el espíritu de verdadera libertad. Todos debemos ser propietarios, siquiera del pedazo de suelo en que nos abrigamos y dormimos. Y sé, por haberlo observado en mis correrías por España, que un ciudadano más pobre que otro, pero dueño del solar en que vive, está mucho menos dispuesto a emigrar que estotro más rico pero que vive en suelo ajeno. El que come mal entre cuatro paredes suyas se apega más a la patria que el que come mejor, acaso en un palacio ajeno.

Repito que una obra como la que se propone «Fomento de la Propiedad», es, además de un lícito negocio, y negocio modesto, un empeño moral como el que resulta ser el de las Sociedades de seguros. Y hay que tenerlo en cuenta cuando tantos negocios en rigor inmorales —como las diversas formas, más o menos disfrazadas, de juegos aleatorios— se ampara o se tolera.

Y para concluir, hasta que no llegue día en que cada padre o cabeza de familia español no pueda decir a boca llena: «mi casa», no podremos decir todos, a corazón lleno «nuestra patria».

Miguel de Unamuno.

2. UN DOCUMENTO

Tengo una costumbre que no se la recomiendo a mis lectores y es que cuando tengo por fuerza que entrar en un retrete público —y sólo por fuerza y muy fuerte ha de ser— me entretengo en leer las soeces, estúpidas y groserísimas inscripciones que ensucian las paredes de tales lugares. A las veces se saca algo de este penoso estudio de la más baja pornografía y marranería. Y no cabe negar que en tales lugares se encuentra uno alguna vez con verdaderos rasgos de ingenio, aunque de muy baja estofa.

No hace mucho, bajando de Bussaco, el hermosísimo monte de Portugal, espléndido retiro y estupendo balcón de panorama, tuve que entrar en el retrete de la estación de Luso. Y me puse, como acostumbro, después de haber salido del mal apuro que allá me llevó, a registrar las inscripciones de sus paredes. Las de siempre, las mismas de aquí, de España, las de todas partes. Mas entre ellas me encontré con un documento curiosísimo y digno de ser conocido.

Entre todas aquellas gorrinadas y estupideces había este estallido de... ustedes verán de qué. Y es que decía —fielmente traducido—, y más que traducido, traspuesto, pues el portugués más se traspone que se traduce, así:

¡Cuán atrasada está la educación de nuestro pueblo! Estos ejemplares dan cabal prueba de ello. Bueno sería que en lugar de esto que revela estupidez se escribiesen máximas de Herculano, Joáo de Deus, Camilo, La Fontaine, Cont, Dante, Zola, Camilo Flammarión, Víctor Hugo, Cambón, Ebsen, Perry y otros porque concurrirían al levantamiento moral e intelectual de un pueblo.

E. de Souza.

¿No es acaso este un documento interesantísimo?

¡Vedle al apóstol de la Cultura —con letra mayúscula— encendido en santo celo y predicando su evangelio en las paredes de un retrete público! ¿Sería un pedagogo? ¿Un sociólogo? (Noten qué bien suena eso de —agogo, —ólogo) ¿Un anarquista? ¿Un simple cultural? ¿Sería un humorista? En este caso genialísimo y de una modestia heroica.

Anarquista no lo parece, aunque no haya nada tan cándido e infantil como los tales. Los anarquistas suelen ser cosmopolizantes y uno de ellos, aun siendo portugués, no habría comenzado por los propios, por Herculano, por Joáo de Deus, por Camilo Castello-Branco. Más me inclino a creer que fuese un pedagogo o paidagogo como dicen ahora algunos.

Aquel «Cont» es, desde luego, Comte, el filósofo en Portugal de Teófilo Braga, del gran Theophilo, a quien un paisano suyo le ha llamado hace poco el «homo sapiens lusitanus». Ebsen es, claro está, Ibsen, y en cuanto a Cambón y a Perry no sé quiénes sean estos dos señores, cuyas máximas, juntas con las del Dante y Flammarión, merecen estamparse en las paredes de los retretes públicos.

A los más de mis lectores les parecerá, no me cabe de ello duda, una criatura angelical por su candidez ese bueno de E. de Souza, evangelista en retretes de la pedagogía social, pero a mí me causa cierta relativa tristeza esa angelicalidad que no es tan rara como parece. Hay un pedagogismo que me da miedo.

Un amigo mío catalán me contaba que al salir una vez en Barcelona de oír una de tantas conferencias como allí se dan —una conferencia sociológica, por supuesto— oyó que un obrero le decía a otro, en catalán: «esto es lo que nos hace falta; conferencia y mucha conferencia!». Y aseguraba mi amigo que el tal obrero pedagogizado debió de salir de la conferencia como el negro del sermón, con la cabeza caliente y los pies fríos.

En la segunda mitad del siglo pasado dominó una concepción pseudo-democrática de la cultura de una ordinariez abrumadora. Pulularon esas hórridas bibliotecas llamadas populares de vulgarización científica, y que como he escrito ya varias veces y lo repetiré muchas más, eran no de vulgarización, sino de avulgaramiento. Y con ellas las no menos hórridas conferencias. Se invocaba a la ciencia para apoyar las más grotescas ramplonerías. El científicismo, esa pestilente enfermedad, cundía como la ruda. ¡Había que oír con qué cómica gravedad un honrado zapatero o forjador o sastre, ayuno de las más elementales nociones de matemáticas, aseguraba en un mitin que el socialismo por él profesado era... el científico!

Y esa terrible enfermedad, la de la pedantería plebeya —cien veces más terrible que la pedantería profesional, que la de los doctores— continúa, aunque con menos intensidad, haciendo estragos. Y es la que lleva a casos cómicos como el del honrado ciudadano E. de Souza.

¡Cuántas veces se ha dicho y repetido una gran verdad y cuántas más se la olvida! Y la verdad es que la labor de los cultos no es la de poner la ciencia, el arte y la filosofía al alcance de lo que llamamos pueblo, sino poner al pueblo al alcance de la ciencia, el arte y la filosofía. Y esto último implica una noción complicadísima y que habría que discutir no poco. Porque los beneficios que el pueblo recibe de la ciencia, de la filosofía o del arte, no dependen de que se dedique a su estudio si es que no puede hacerlo debidamente.

Bien sé que al criterio que implican la últimas consideraciones que acabo de hacer le llaman algunos criterio de aristocratismo, mas hoy es el día en que como no sé aún bien qué es un «aristo» y qué un «demo», no distingo lo bastante la aristocracia de la democracia. Lo que sí sé es que hay una triste angelicalidad popular que lleva a tomar las paredes de un retrete público a modo de tablas pedagógicas. Y sé también, por otra parte, que algo que se toma como buena fe y energía y entusiasmo y ruda eficacia, no pasa de ser tontería. Hay quienes se llaman a sí mismos jactanciosamente bárbaros y sin dejarlo de ser son mentecatos. Muchas veces la más vulgar ignorancia se disfraza de barbarie. Y otras el zorro se viste de lobo.

Como he pasado lo más de mi vida entre pedagogos profesionales, tiemblo de la pedagogía. Y créanme, si se borrara las más de las inscripciones públicas que aparecen en lugares que no son precisamente retretes, si se hiciera pasar una capa de blanca y limpia cal sobre tantas sentencias en paredes de edificios públicos —empezando por las escuelas— ganaría no poco la verdadera cultura. Da pena entrar a ciertos locales de escuelas y ver los cartelones, llenos de sonoras vaciedades honradas, que en ellos se ostenta.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 4-IX-14.

3. EL PERFECTO ERUDITO

En cierta ocasión, un amigo mío, después de haber bebido un trago del agua de un vaso, dijo: «¡esta agua sabe a humedad!» y los circunstantes celebramos su ocurrencia como una de las más insignes gedeonadas. Y él, sin embargo, al encontrarse con nuestra zumba, insistió: «pues aunque os riáis, vuelvo a repetirlo; esta agua sabe a humedad... o a moho, o a lo que sea». Y lo cierto es que aunque la expresión resultara paradójica, él quiso decir algo y nosotros se lo entendimos y era algo que no carecía de sentido. ¿No se habla, acaso, de vino de Jerez seco? Pues bien cabe hablar de agua húmeda. Y hay gentes que se dedican a humedecer las aguas estancándolas, y a enmohecerlas. Y otros que deshumedecen las aguas. Las airean.

¿Qué es después de todo y en general un erudito más que un señor que se dedica a empolverar el polvo del pasado? Sobre el polvo de los archivos echa el erudito el polvo de la erudición. Se dedica a matar lo muerto. Es aquel Dryasdust de que Carlyle nos habla.

He conocido hace poco un ejemplar notabilísimo de la especie. Como que ya estoy pensando en comprarle su cuerpo a cambio de algún códice inexplorado, para embalsamarlo después de muerto y ponerlo en una vitrina en medio de legajos polvorientos.

Este formidable y extraordinario empolvador del polvo de los siglos, ¿a qué creen ustedes que se dedica ahora? ¿A hacer un catálogo de catálogos! ¿Y después hará una bibliografía de las bibliografías! Es el triunfo del arte.

Hace ya años que hablé, no sin escándalo de un buen amigo mío que de entonces acá ha ido acercándose al sentimiento que me dictó aquellas reflexiones; hace años que hablé, digo, del lector de catálogos, del que empezó leyendo libros, mas como esto le llevaba mucho tiempo y él quería devorarlos todos y «ars longa, vita brevis», pasó a leer reseñas críticas de ellos y revistas, luego revistas de revistas y por último catálogos. ¡Y qué gozo el de figurarse ante el título de

un libro, lo que éste podrá contener! Es una fruición mucho más sutil y delicada y pura que la que de la lectura de un libro se puede sacar.

Figúrense ustedes que uno se tiende en un sofá o en una mecedora, dentro de un cuarto pequeñito y recogido y bien calentado, en un día de invierno, mientras llueve fuera —y si nieva, mejor— teniendo una taza de café aromoso sobre la mesilla y el que fume un veguero en la boca, y mientras sigue con la vista los anillos del humo, piensa en el título que acaba de leer de una obra de un catálogo que tiene en la mano. ¿Hay algo más sugestivo que un título? Como que a las veces cuando el título de un libro me encanta, me niego a leer el libro por temor a desencantarme. ¿Y por qué no ha de haber un ingenio que se dedique a inventar títulos de obras? Las hay cuyo único mérito es su título.

Pero ese extraordinario investigador de que les hablaba a ustedes, va a publicar un catálogo de los catálogos de librería publicados en España durante la segunda mitad del siglo XIX. Es una obra de extraordinario mérito que le ha costado largas vigiliadas y pacientísimas rebuscas. ¡Ahí es nada, coleccionar el número de catálogos que ha coleccionado! Porque es, claro está, un coleccionista, como lo son casi todos los eruditos.

Hay quien colecciona botones, otro sellos, otro corbatas...; he conocido un coleccionista de paisajes que recorría tierras tomando nota de todos los que veía, y conozco un investigador de la vida que colecciona sepulturas. Quiero decir que durante sus vacaciones, y mientras deja de indagar los secretos de la vida, recorre catedrales, iglesias, conventos, monasterios y camposantos, tomando con su verás-copo vistas de sepulcros que, luego recorre y repasa en su hogar. ¡Y si fuésemos a pasar revista a los coleccionistas todos!

El estupendo erudito con que he topado, después de tener recogidos en colección casi todos los catálogos de librería de la segunda mitad del pasado siglo, va a catalogarlos. Y está convencido de que su obra será de grandísima ayuda para la historia de la cultura española en esa época histórica. Y yo no quiero dudar de ello.

Un catálogo de catálogos es, a la vez, en el orden bibliográfico lo más puro, lo más matemático, lo más ideal del arte de la investigación erudita. Es lo menos manchado con las impurezas del contenido, de lo material. Es el triunfo de lo formal, de lo puro.

¿No han observado ustedes el elevado y nobilísimo desprecio que hacia la poesía siente un erudito de ella? ¿Han conocido ustedes un erudito de mística a quien le inquieten lo más mínimo las graves inquietudes que el misticismo remueve en el fondo del alma?

Un amigo mío a quien la lectura de cierto libro le dejó trastornado y febril el espíritu me decía una vez hablando de otro, muy erudito, que lo leyó anotando multitud de sus particularidades, modismos, detalles, etc.: «¡Parece imposible que lo haya leído!». Y yo le contesté: «¡No, tú eres el que no has leído el libro; tú lo

que leíste en él fueron tus propios pensamientos!». «¿Y él entonces?», me replicó. Y le dije: «El? Él sabe que no es posible buscar en otro sino a sí mismo; que quien lee un libro de otro no lee en él sino lo que pone, y se limita humilde, sencilla y lealmente, a recoger lo único que puede recogerse: lo formal, lo externo, lo puro...». «¿Lo puro?»,..., exclamó. «Sí, lo puro —insistí— lo puro de contenido». Y como este mi pobre amigo no tiene el sentido de la pura erudición o de la erudición pura, no me entendió. No sabe que puro de contenido quiere decir lo que no tiene contenido, una cáscara de huevo sin yema ni clara, así como la verdadera libertad de pensamiento consiste en libertarse de pensar, en no pensar. Es un desgraciado que no ha conocido el inefable placer de poder rectificar una fecha.

¡Pobre amigo mío a quien una página escrita hace ocho o dieciocho siglos con sangre le hace que su propia sangre se le encienda y alborote! ¡Pobre amigo mío que guarda unas hojas sueltas que por azar cayeron en sus manos y las lee y releo conmovido y nunca se ha preocupado de averiguar quién las escribiera! ¡Pobre amigo mío a quien no le importa saber el año en que nació cualquiera de esos espíritus a que venera! «Lo más grande de este libro —me decía una vez mostrándome un ejemplar del Kempis— es que en rigor es anónimo; y yo prohibiría investigar quién lo escribió y dónde. ¿Para qué? ¿Qué importa?». ¿Han oído ustedes blasfemia igual?

Y en cambio a este mi amigo que no quiere saber quién escribió el Kempis, le indigna que la América se llame América, por Américo Vespucio, y no Colombia, por Cristóbal Colón. Y me fue imposible darle a comprender que eso es muy justo, pues el verdadero descubridor de América fue Américo Vespucio y no Cristóbal Colón. Este, Colón, la inventó, pero Vespucio, que era mucho más erudito que él, que era el verdadero erudito, es quien de veras la descubrió. Y es muy justo que América lleve el nombre no por su aventurero inventor, sino por su erudito descubridor. Lo propio del erudito es dar nombres a las cosas y echar polvo al polvo. Es decir que se dedican a bautizar con polvo. Y el polvo con que bautizan huele a sequedad.

Ahora, de esto a que no sean útiles, va mucha diferencia. ¡No, no, no, Dios me libre de negar su utilidad! Son utilísimos, imprescindiblemente útiles.

Como tampoco cabe negar que a las veces producen verdaderas obras de arte. Guardo una, entre otras, que es una verdadera maravilla en su género. Se trata de la descripción de un códice en ocho páginas de treinta y dos líneas cada una y bien apretadas. ¡No una descripción de lo que el códice contiene idealmente, no, no! sino del códice mismo, de su tamaño, de la clase de papel, del número de folios, de la letra, de las manchas, de los agujerillos de la polilla..., etc., etc. Les digo a ustedes que es una verdadera maravilla la tal descripción, una acabada obra de arte descriptiva. ¡Hasta creo que tiene gráficas!

Protesto contra la calumniosa especie de que yo desdeñe a los eruditos. Todo lo contrario; hoy por hoy los creo insustituibles. Nuestro material de estudio está

desordenadísimo y hasta que ellos nos lo ordenen y clasifiquen nada podremos hacer con él. El orden es el principio de toda labor fructuosa. ¿De qué nos sirve tener una riquísima biblioteca si no acertamos a encontrar el libro que nos hace falta? ¡Catálogos, buenos catálogos! ¡Y catálogos de catálogos!

Hace unos años que tuve la acertada ocurrencia de poner en boca de uno de mis personajes de ficción aquello de que el fin del hombre era la ciencia y el fin de la ciencia catalogar el universo para devolvérselo a Dios en orden. No hay que dudarle, Dios creó al hombre para que le sirviera de archivero. Y cuando el hombre haya enterrado el polvo de lo que fue y ha muerto debajo de la polvareda de la ciencia, de la ciencia cuya función es pulverizar los hechos y la vida, entonces Dios nos reducirá también a polvo a nosotros sus archiveros. Y pues que todo al fin ha de reducirse a polvo, ¿no es lo más elevado dedicarse a empolvador o a polvorista?

Les digo a ustedes que ese catálogo de los catálogos de librería de la segunda mitad del siglo XIX en España va a ser una de las obras más geniales. Por lo cual no obtendrá ninguno de esos premios que nuestros centros otorgan a las obras de su género. La premiará el Supremo Erudito. Pero más vale no ahondar en esto. ¡Quien sabe si el universo no es más que un Códice cuyo contenido a nadie debe importar! ¡Basta, basta, basta! ¡Catálogos de catálogos! ¡Ideas de ideas! ¡Formas de formas! ¡a, más b, igual c! ¡Esta es la fija!

Miguel de Unamuno.

4. LA MENTIRA COMO ARMA DE COMBATE

En el manifiesto que un número de sabios profesores ingleses han publicado en contestación al manifiesto de otro número de sabios profesores alemanes que al defender a Alemania de las inculpaciones que se le dirigían atacaban a Inglaterra, dicen aquéllos que «es, sin duda, difícil para los seres humanos considerar con justicia las contiendas de su país; quizás aún más difícil para los alemanes, educados en un ambiente de devoción a su Kaiser y a su ejército, bien puesto de manifiesto en los momentos actuales y que viven bajo un Gobierno que nosotros creemos no les consiente saber la verdad».

Y aun cuando la sepan es muy fácil que los sabios alemanes se crean en el deber, por patriotismo y hasta por técnica guerrera —ya que ellos también hacen la guerra a su modo— de callarla o desfigurarla o alterarla por completo. En nada como en la guerra, en efecto, tiene aplicación aquel principio que se adjudica a los jesuitas —miembros de una compañía militante también— de que el fin justifica los medios. Y los sabios —ya lo dijo Rousseau— son los hombres más fácilmente corrompibles, así como los más serviles ante los poderes públicos.

Cierto es que el austero Kant, la más legítima encarnación, la flor y crema del espíritu luterano, hizo de la ética el reino de los fines, condenó severísimamente la máxima maquiavélica y fulminó, a nombre del imperativo categórico los más terribles anatemas contra la mentira. Pero la ética es una cosa y la táctica es otra. La moral de la guerra —que es a su modo una moral, si se quiere inmoral— no sólo absuelve sino que prescribe la mentira. La guerra no es sólo violencia; es también engaño.

Kant proscribió y anatematizó la mentira, pero Schopenhauer, el pedante del pesimismo, tan prusiano como aquél, la defendió y la recomendó. Sostuvo que es el arma de los débiles y que éstos deben servirse de ella para defenderse de las acechanzas de los fuertes. A la moral caballeresca y leonina de los que nacen amos opuso la moral villanesca y zorruna de los que nacen siervos. Pero es que también los fuertes, o los que se creen serlo, recurren a la mentira y al engaño para reducir más fácil o más prontamente a los más débiles, a los que creen tales. (Que pueden muy bien engañarse en esto).

Los sabios ingleses recuerdan a Nietzsche, a Treitschke, a Bülow, a Bernhardt, que son, puede decirse, los evangelistas de la actual Alemania prusianizada o kaiserista —o sea cesarista— mucho más que aquel viejo prusiano Kant, patriarca más bien de la vieja Alemania que todos admiramos y queremos, la de la verdadera libertad de conciencia. Y es curioso que las doctrinas, a las veces atroces y casi siempre inmorales, de esos evangelistas del kaiserismo tengan su origen en Inglaterra, en las enseñanzas, puramente objetivas y siempre muy cautas, de un espíritu tan piadoso, tan noble, tan humano como fue el de Carlos Darwin.

La famosa «struggle for life», la lucha por la vida, que Darwin estudió como factor del desarrollo y progreso de las especies vivientes, principio que se encuentra ya en otros dos famosos pensadores ingleses, en Hobbes y en Malthus, se convirtió en brutal imperativo categórico al llegar a la patria de Kant. No caben dos espíritus más opuestos que el de Darwin y el de Nietzsche. El inglés habría rechazado, de haberlas conocido, las consecuencias que el alemán sacó de sus doctrinas. Y Schopenhauer por su parte, el viejo prusiano pedante del pesimismo —no pesimista— en unas cartas en que habla de Darwin trata a éste con el pedantesco desdén de su característica infatuación.

Los sabios alemanes faltan a la verdad conscientemente, dándose cuenta de ello, y no sólo por la ignorancia en que les tiene de la realidad el ambiente de infatuación colectiva en que viven, eso que nuestros papanatas creen ser la fe de un pueblo en sí mismo y en sus destinos. Pero mienten por patriotismo.

¿Es eficaz una mentira? He aquí lo que seguramente no han inquirido ni examinado lo suficiente. Y no lo han inquirido ni examinado porque eso no es en rigor un problema lógico ni ético; es un problema estético. Suele decirse que el mentir es feo y así es la verdad. Y todo lo feo es ineficaz. Y los sabios alemanes, muy sabios, sí, sin duda, y sobre todo en sus sendas especialidades, con su característica falta de sentido estético, con su creencia de instinto de la medida y de la

proporción, no se dan cuenta de la ineficacia o más bien del efecto contraproducente de sus redondas aseveraciones sin prueba alguna.

Para un hombre verdaderamente desapasionado y sereno basta cotejar documento con documento —el manifiesto de los sabios alemanes y el de los ingleses— y compararlos para ver que el uno procede más de unos sabios específicos, de unos servidores del Kaiser, de unos especialistas al servicio de la guerra, y el otro de unos hombres que hacen ciencia y que se han educado en una patria de libertad y de libre opinión pública. En el tono mismo el uno parece un documento imperial, dogmático, preceptivo, lleno de infatuación, «ex cátedra», y el otro es un sencillo alegato moderado y sereno.

Habrá quien diga que esa manera de expresarse dogmática, imperial, «ex cátedra», arguye mayor convicción de lo que se dice y confianza en ello, mas no siempre suele ser así. El hombre suele adoptar ese tono más que cuando está convencido de lo que dice, cuando trata de engañar a los demás o acaso de engañarse a sí mismo tratando de engañarlos.

En general todo lo que oigo decir y leo sobre la confianza que tiene Alemania en la justicia de su causa y en la seguridad de su triunfo, no me convence. Creo más bien que tratan de convencerse a sí mismos y para lograrlo fingir estar convencidos. Es demasiado lo que se preocupan de la propaganda y del reclamo. Y los sabios, no por serlo, dejan de ser alemanes. Al contrario, lo son más aún. Treitschke, uno de los apóstoles del imperialismo germánico, el que dijo que la guerra es la política por excelencia; escribió también que el alemán es un héroe nato —«ein geborener Held»—. Yo diría más bien que es un sabio nato o un catedrático de nacimiento. El alemán nace profesor y aun cuando luego se desvíe de esta su vocación nativa siempre le queda la «profesuría» dentro. Y yo que he pasado lo más y lo mejor de mi vida entre profesores, aunque no alemanes y por lo tanto más o menos de pega y falsificados, os digo, lectores, que el amor a la verdad no es su rasgo más característico sobre todo si se trata de defender el comedero o su prestigio profesional. Esta es la verdad verdadera.

Miguel de Unamuno.

5. FRANCO-ALEMANIA

Mi buen amigo *Xenius*, con quien, como él dice muy bien, fuera de la media docena de cosas que salvan o pierden, jamás estoy de acuerdo, me hace el honor en una de sus cartas a Tina, la XLI, fechada en 12 de noviembre, de explicar mi actual antipatía a la acción que está ejerciendo hoy Alemania, sobre todo mediante la guerra —que es según su Treitschke la política por excelencia— y aun a la acción que en general ejerce en la cultura. O «Kultura».

Y dice *Xenius*, con gran agudeza y perspicacia psicológica, que si soy adversario de Alemania es porque en el fondo de mi corazón lo soy también —yo, un ibero irreductible— de Francia. «Qué representa avui Alemanyà als seus ulls? —escribe—. Representa, no una contra-França; no, com van dient per aquí les gents, un perill per a Europa, sino la sal d'Europa. I per aixó la detesta, perquè no li agrada el salat».

De acuerdo en principio, pero es menester hacer salvedades. No quiero ser un dogmático o, por lo menos, un dogmático a la europea. Porque yo que fui uno de los que iniciaron aquello de nuestra europeización, me volví atrás así que vi lo que se empezaba a entender aquí por Europa como categoría ideológica. Europa, arrancando en Grecia y pasando por el Renacimiento, entendido éste a la franco-alemana, esa Franco-Alemania y poco más. Fuera de ella quedábamos nosotros, ¡claro está! y quedaba también, dígame lo que se quiera, Inglaterra, y Rusia y Escandinavia y hasta, en cierto sentido al menos, Italia. Europa, la Europa central —geográfica e ideológicamente— se reducía a Franco-Alemania y sus arrabales, a las tierras de la sensualidad y la lógica, no a las de la pasión y la «cardíaca». En ellas todo es sensual y todo es lógico, hasta la estética, todo es conmensurable... ¡Tierras de matemática y de música!

¡Y cómo se admiran entre sí! Porque es indudable para quien sabe ver que en Francia, en la Francia germanizada —sobre todo después del 70— se admira a Alemania, y que en Alemania, en la Alemania desde hace tanto tiempo afrancesada, se admira el espíritu francés. ¿Ha leído el lector el *Jean Christophe* de Romain Rolland? ¿Ha leído a Renán?

Y en cambio, ¿hay nada menos franco-alemán que el puritanismo inglés? En el fondo en nada se parece, no ya al luteranismo germánico —que es su opuesto— mas ni aún al calvinismo —Calvino era francés— de que procedió. Y ¿hay nada menos europeo, menos franco-germánico que un Dostoyevski, pongo por eslavo? Y el puritano y el Dostoyevski me llegan al corazón.

Ahora, lo que hay, y *Xenius* lo sabe tan bien como yo, es que ni Francia ni Alemania —ni Europa por lo tanto, como no sea la Europa pura, categórica y como tal algo arbitraria— son dos entidades tan simples. Cada una de ellas es complicadísima. Y así en Francia hay dentro de la Francia europea o germánica, es decir «franca», una Francia céltica —¡hablen Lammenais y Chateaubriand, los románticos!— y una Francia romántica, y una Francia litúrgica y hasta una Francia —¡vaya si la hay!— ibérica. Por que sí hay también una Francia ibérica. No en vano en un rincón de la dulce Francia, y por pequeño que el rincón sea, se habla aún vascuence. ¿Y qué es Gascuña sino Vasconia? Sí, hay una Francia ibérica. Y hay una Francia, la de Corneille, la de Pascal, que a los buenos iberos debe sacudirnos en sus raíces el corazón. ¿No fue acaso vasco —¡y tan vasco!— aquel abate de Saint-Cyran, el verdadero fundador de PortRoyal, de donde brotó Pascal? Sí, PortRoyal, el vivero del jansenismo, fue tan de origen vasco como lo fuera la

Compañía de Jesús. ¡Y cómo se parecían en el fondo la obra de Íñigo de Loyola y la obra del abate de Saint-Cyran, vascos los dos!

Y hay varias Alemanias. Desde luego al lado de la Alemania genuina, europea, germánica, «franca» también, hay la Prusia de los antiguos lituanios que dejaron su lengua por la alemana. ¿Y esos prusianos, esos lituanios, son en el fondo europeos, franco-germánicos? ¡Creo que no! Y son ellos los que deseuropeizando a Alemania la han lanzado contra su cordial hermana, Francia.

En estas mismas columnas disertaba Gabriel Alomar sobre las dos morales de Alemania. ¿No serán acaso esas dos morales la moral europea, franco-germánica la una, y la moral lituánica, anti-europea, la otra?

«Alemania debería optar de una vez —escribía Alomar—: o Maquiavelo o Grocio. O los vándalos o las convenciones de Ginebra y la Haya. ¡O Kant o... Jagow!».

En vez de Maquiavelo debió decir mi amigo Alomar, Federico II de Prusia, el autor del *Anti-maquiavelo*, el amigo de Voltaire, el verdadero Maquiavelo prusiano. Y él, el afrancesado Federico el Grande —afrancesado precisamente por ser tan poco francés o «franco»— era un lituano, un prusiano, un no-europeo central. Y Grocio, el holandés, era un verdadero franco-germano. ¿Qué es Holanda sino un arrabal de la Alemania renana, de la Alemania más germánica?

En cuanto a Kant, este prusiano de nacimiento, este buen burgués de la costera Königsberg, abierta a las aguas, era de familia escocesa, era un Cant, cuyo nombre germanizó Manuel, el filósofo, convirtiendo la latina C, redonda y de sólo dos picos, en la germánica K, rectilínea y de cuatro picos, a lo menos entre nosotros. A von Jagow no le conozco, pero Nietzsche tampoco era de genuina sangre germánica y en cuanto a Treitschke su nombre no suena a legítimo alemán.

Hay, no dos morales, sino varias morales en Alemania, y una de ellas es la legítima moral europea, franco-germánica.

Otro punto hay en que siento discrepar de Alomar, y es cuando hablando de la Alemania que intenta erigir una moral nueva, subvirtiendo los viejos valores ambientes, agrega que: «interpretando viciosamente a Nietzsche». No, interpretándole muy bien. Porque la moral o la inmoral de Nietzsche, este enorme poeta, todo lo enorme que se quiera, pero rematadamente loco y no solamente loco de la razón y del raciocinio, sino loco de la voluntad, loco de debilidad, loco de impotencia, loco de desesperación, loco de no poder ser el Cristo de quien blasfemaba mintiendo, la inmoral de ese sofista, formado en los sofistas griegos, de quienes es legítimo descendiente, en los sofistas anti-socráticos, la moral de ese pobre hombre —¡así, pobre hombre!— no necesita ser muy viciosamente interpretada para dar la del general Bernhardt. Y créame Alomar, al libro ya famoso de este general, «infame libro», como mi amigo le llama —y que no pasa de ser una nueva edición de los de Treitschke— no le falta sino la magia del estilo, la poesía singular, el fascinante brillo de una trágica locura de desesperación, para

ser un libro más nietzscheniano. Y la poesía no lo justifica todo. Lo que hay es que Bernhardt es un general que puede ordenar un ataque y un bombardeo y fusilamientos y el pobre Federico Nietzsche era un paralítico de la voluntad, un desgraciado abúlico, que soñaba ensueños de prepotencia y de energía como un eunuco puede soñar ensueños de lujuria. Pero por lo demás, los poemáticos libros de Nietzsche, escritos en el delirio de una abulia que sueña tremendas voluntariedades, esos libros en que se calumnia, mintiendo descaradamente y falsificando sus enseñanzas, al Cristo, esos libros de triste veneno sofístico, son tan infames como el Bernhardt. Es más, creo que el de éste es más sincero. Un Bernhardt, un generalote así, un bárbaro de la disciplina, es muy capaz de sentir esas barbaridades que predica.

Miguel de Unamuno.

6. LA SEÑORA NO QUIERE LIBROS

En mi último viaje a Madrid, uno de mis amigos, gran husmeador de librerías y puestos de libros de viejo —a donde va a estudiar psicología nacional, y no es la peor clínica para ello— me ha contado cosas verdaderamente peregrinas, en especial sobre la guerra que la mujer tiene declarada al libro.

Decíame que es frecuente que al llegar a escoger y comprar libros algún respetable casado, encarga que no se los lleven a su casa, sino que él los recogerá e irá llevando uno a uno. Teme que si su mujer ve llegar un paquete de ellos los rechace o los arroje por el balcón.

Me contó de un venerable senador que compró una obra de agricultura —algo así como un diccionario o enciclopedia agrícola— en varios tomos, y dejó encargado que de ninguna manera se los llevaran a su casa, pues él mandaría a por ellos. Mas como tardase, en esto acabaron por llevárselos. Salió la señora, la no menos venerable senadora, y al ver el envío exclamó: «¿Libros?; jno, aquí no entran más libros!». «Pero, señora —arguyó el portador—; ¡si su marido de usted los ha comprado y pagado ya!»... «¿Sí?, pues yo los devuelvo y le digo a usted que aquí no entran más libros».

La oposición tenía, sin duda, un origen afectivo, pero más todavía un origen económico. El libro es enemigo de la mujer. O mejor dicho, la mujer es enemiga del libro. Es decir, ambas cosas. La mujer sabe que su marido se encierra no pocas veces con el libro y pretexto tener que estudiar por no oírle a ella. Y alguna vez exclama: «¿es que lo que dice el libro vale más que lo que yo digo?». Hace poco me ha asegurado un amigo mío que su suegro ha emprendido la tarea de escribir un doctísimo y muy voluminoso libro repleto de estadísticas, no más que por poder encerrarse en su cuarto huyendo de las tabarras de su mujer. Y son no

pocas las que tienen celos de los libros. Me han contado de una que sentía furiosos celos de las heroínas de las novelas que sin cesar leía su marido.

Pero más aún que de origen afectivo es de origen económico la aversión de ciertas señoras para con los libros. Un sombrero, un manguito o un abrigo, nunca les parecen bastante caros, y un libro nunca bastante barato. «Yo no sé para qué te sirvió hacerte abogado en la Universidad —le dice su mujer a un abogado con bufete— si has de estar a cada momento comprando libros». «Pero si son de estudio, hija mía...». «¿Es que no estudiaste bastante mientras éramos novios?...».

Hay que agregar otra aversión y esta es la más tenebrosa. Es la que el confesor les inculca. Ya sabrán mis lectores que hay un precio de quemadero, es decir, que se paga por ciertas obras —las de Víctor Hugo entre ellas, y esto delata la bobería de esas gentes— para quemar sus ejemplares. Con lo que se prepara nuevas tiradas.

Recuerdo que hace unos años un comisionista en libros logró colocar en Bilbao bastantes ejemplares de la *Geografía universal*, de Reclus. Poco tiempo después corrió, con no sé qué motivo, por los periódicos, el nombre del ilustre geógrafo como el de un anarquista. Y en Bilbao se pudo comprar entonces su monumental *Geografía* a precios irrisoriamente baratos. No la quemaron, pero la malvendieron. Era pecaminoso leer la *Geografía* de un anarquista.

Lo que me recuerda otra anécdota ocurrida allá por el decenio del 40 al 50 del siglo pasado en la villa de Vergara. Y era que por entonces se hablaba mucho y con gran indignación por parte de la Prensa católica, de la *Vida de Jesús*, de David Strauss, homónimo de apellido —uno de los más vulgares de Alemania— del músico, en aquel mismo tiempo famoso, autor de valeses. Y había en Vergara, por entonces, un fraile exclaustado con quien fue a confesarse una señorita, hermana de mi padre, puesto que este sucedido lo he recibido de tradición familiar. Y al ir a confesarse mi tía preguntóla el confesor si había bailado; contestó que sí, y entonces aquél si lo que bailó fueron valeses; y como mi tía le dijese que sí, que también había bailado valeses, el fraile exclaustado, lleno de espanto, le preguntó: «¿de Strauss?». El bailar valeses de Strauss era aún más pecaminoso, parece, que leer la *Geografía* de Reclus.

Mas a pesar de esta enemiga de nuestras señoras hacia los libros, cuélanse en los hogares de nuestras familias más devotas y hasta gazmoñas, libros que en otros países que pasan por más impíos, difícilmente tendrían acceso en hogares así. Aquí se persigue más lo herético que lo pornográfico, y no es raro encontrar en casas de familias ultra-ortodoxas libros de entretenimiento de un color más que subido.

El otro día unos de esos desdichados que se han sentido ahora de repente francófobos, y que no hacen sino hablar a tontas y a locas de la corrupción de costumbres de nuestra vecina República del Norte —la que separó la Iglesia del Estado— se sorprendían al decirles yo que el rigor educativo en la clase media francesa, sobre todo la de las pequeñas capitales de provincia, es mucho mayor

que el de España en igual clase. Les aduje, entre otras pruebas, las notas que suelen llevar los textos de autores clásicos que sirven en los libros franceses para el estudio del latín y el griego, y el escrúpulo con que esos textos suelen estar expurgados. Las traducciones mismas, al llegar a ciertos pasajes algo escabrosos —cuando no los suprimen— son de un eufemismo tal que resultan completamente desfiguradas.

Y es que la guerra al libro no se le hace en España por razones de moralidad. Causa risa el ver en la que se llama a sí misma «buena Prensa» a qué clase de libros les declara la guerra y a cuáles otros les deja pasar. Ello suele ser una prueba de la ignorancia de esos críticos y del gusto que suponen en el público a que se dirigen. Y esto, ¡claro está!, visto desde el punto de vista de ellos. Apenas si tienen clara noción de qué es lo más peligroso y qué lo menos. Se ensañan con verdaderas necedades, en el fondo inofensivas, y dejan pasar libros y autores llenos de veneno para la fe católica. Todo lo cual da la medida de su comprensión. Y así ocurre que cuando un católico ilustrado francés, inglés o alemán, se entera de los índices expurgatorios de nuestros católicos militantes españoles y de los autores y obras contra los que más se ensañan, no salen de su asombro y se hacen cruces de la ignorancia y la torpeza de los nuestros. Que así es, en efecto.

Aquí, en España, es tan fácil escandalizar a un público de canónigos leyéndoles pasajes tomados de los Santos Padres y de los escritores místicos, como dejarles complacidos con un sermón plagado de herejías. Lo único que hace falta es que no conozcan de antemano al orador ni sepan, por consigna, a qué atenerse a su respecto. Y si esto sucede con los confesores y directores de conciencias, figurémonos lo que sucederá con las pobres señoras dirigidas que no desean sino un pretexto para declararle guerra al libro que cuesta lo que un cintajo para el sombrero.

Miguel de Unamuno.

7. NUESTRO PACIFISMO ES PEREZA

André Suarès, en su primer escrito sobre Tolstói, el de 1898, hablando de la guerra y de su justificación decía que el error consiste en buscar si la guerra es justa en vez de buscar si es necesaria, si entra en la naturaleza del hombre al igual de la envidia, del odio o de la avaricia y si, cuando lo hace, obedece a su instinto como cuando amasa el pan o hace el amor.

La consideración es, como se ve, de clavo pasado. Posteriormente la han elevado en dignidad diciéndonos que la guerra es una de las categorías del espíritu humano. Es por lo menos algo que hay que poner al lado de la ciencia, del arte, de la industria, del comercio.

Y luego añade Suares: «El amor inveterado del reposo y la debilidad, no se separan. Y, según mi gusto, quien dice debilidad, dice impureza. No está declarada, pero sí a punto de estarlo. Sólo es puro lo que resiste y no teme la lucha. Nada está mejor armado para la vida que lo que no teme perderla y afronta la muerte. Para un santo que se humilla, hay un número infinito de almas cobardes y serviles que se aduermen en la humillación como en un lecho de plumas. Quitad el cobertor y echad la mortaja sobre esos cuerpos inertes».

También esto es de clavo pasado y se ha dicho, en una u otra forma, muchas veces. Y aquella definición que de la vida daba Bichat, diciendo que es el conjunto de las funciones que resisten a la muerte, definición puramente negativa que indignaba a Mazzini, tiene mucho más sentido de lo que parece. Como podría decirse que la libertad no es sino la lucha contra la servidumbre.

Pero después del párrafo transcrito pone André Suares este otro, para nosotros terrible. Dice: «Si hiciera falta un ejemplo, tendríamoslo en España. Este país no está ya en estado de hacer la guerra y Tolstoi le alabaría por ello. Pero menos lo está en el de hacer cosa alguna; ni siquiera hijos. Ese pueblo se ha enclaustrado y la pereza es su claustro. Y avanza ya, aunque se oculte, la muerte, que es el prior».

Esto lo escribía Suares hacia 1898, el año de nuestro desastre. ¿Nos conocía entonces Suares? ¿Nos conoce hoy? No perdamos de vista, que a juzgar por su nombre, André Suares debe de ser de origen sefardita, judío español o portugués. Y son los sefarditas, los que viéndolos al través del siglo xv, mantienen la leyenda de España en Europa.

En 1898, cuando escribía eso Suares, España, agotada por una larga guerra, no estaba ya en condiciones de hacerla. Y firmó una paz, quedándose sin sus últimas posesiones americanas y asiáticas. Pero después emprendió otra guerra, en África. Y el pueblo al fin y al cabo dejó hacer tras leve, muy leve resistencia. Lo que no sé de dónde sacará Suares es que España no estaba en estado de hacer hijos. Aunque no otra cosa, eso sí hacemos: niños. Educarlos es ya distinto. Aquí no se nota aún neo-malthusianismo. Preferimos dejarlos morir a dejar de hacerlos o impedir que nazcan. Una de nuestras industrias es la de poblar de angelitos el cielo. Así cuando lleguemos a él lo encontraremos lleno de españoles, pero de españoles inocentes, pequeñitos y mamoncillos que ni sabrán hablarnos en nuestra lengua. La chiquillería del cielo, en fin.

Pero hay en el párrafo de Suares una verdad terrible, y es cuando dice que el pueblo español se ha enclaustrado y que la pereza es su claustro. Sí, así es. Nuestra cobardía —e incluyo en ella a nuestra neutralidad— no es más que pereza. No tomamos partido ni por una ni por otra parte, por ahorrarnos el trabajo de estudiar el pleito para decidirnos con plenitud de juicio.

El horror al esfuerzo íntimo, es decir, al esfuerzo de pensar y de querer, es decir, al esfuerzo de pensar y de querer, es aquí algo que pone espanto. Abundan las gentes que son del primero que llega y los que dicen: ¡Yo no sé decir no a

nadie! ¿Abulia? ¡No, pereza! Porque eso a que han dado en llamar abulia, no es más que pereza.

Estoy harto de ver en época de elecciones gentes que dan su voto al primero que se lo pide. Aunque luego tengan que arrepentirse de ello. «¡Hombre, si hubiese usted llegado antes... Pero, ya ve, estoy comprometido, y soy hombre de palabra!». Y hay quien se compromete así, con el primero que llega a él, para que luego le dejen en paz, para que no le molesten, es decir, para conservar su pereza. Lo que hay que evitar a todo trance es tener que formar opinión por sí mismo, tener que escoger.

Los que hemos tenido que presidir algunas veces asambleas o corporaciones en que haya que poner alguna vez a votación algo, sabemos muy bien que si el presidente tiene que determinar la forma de votación, no siendo nominal, e interés en que resulte a favor de una solución dada, sea la llamada afirmativa, no tiene sino decir: «Los que se levanten de sus asientos votan que no, y los que permanezcan sentados que sí». Cuenta con que hay siempre un número considerable —que a las veces llega a la mayoría— que con tal de no moverse de sus asientos ni molestarse en ponerse en pie, pasan porque se vote cualquier cosa, aunque sea lo contrario de lo que desean. ¿Es que no desean nada? No; es que por mucho que deseen una cosa cualquiera, desean más no molestarse en ir a buscarla.

A esto suele llamársele indiferencia. Y no es sino pereza. Y de este mal están inficionados muchos que en otros respectos parecen muy laboriosos y trabajadores. Al activo industrial o comerciante —activo al parecer y no más que en apariencia— que os diga que le es indiferente la política, decidle que es un perezoso y nada más que un perezoso. Y podéis añadirle que hay quien satisface su pereza mental, hundiendo su espíritu en una labor rutinaria. El desdichado que se pasa siete u ocho horas jugando al dominó o al tresillo o al monte o a la ruleta, es tan perezoso como el que se lleva catorce o dieciséis horas en la cama o echado al sol sobre una pradera. El baile de San Vito es un efecto de debilidad nerviosa.

Sí, la sentencia de Suares tiene un gran fondo de verdad; España se ha enclaustrado en la pereza. Y eso que en España se trabaja, lo que económicamente se llama trabajar, y acaso más que en otras partes. Pero se trabaja en gran parte por pereza. Porque a las veces una huelga significa sacudir la pereza. Es la pereza y en su forma más terrible, la pereza mental, la que impide que surja una opinión pública política. Y a falta de ella, a falta de opinión pública política, todas las libertades que nuestras leyes sancionan, son estériles. Y es la pereza lo que hace que los intereses sustituyan a los ideales.

Somos un pueblo que sueña que quiere, pero sin querer.

Miguel de Unamuno.

8. FELIPE II, NAPOLEÓN Y EL KAISER

Cuenta el conde de Toreno en su *Historia del levantamiento. Guerra y revolución en España*, contra Napoleón, que cuando yendo desde Chamartín solo una vez y muy de mañana atravesó a Madrid, se encaminó a Palacio: «Aunque se le representó suntuosa la morada real —nos dice el historiador— según sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los más notables, y no parecía sino que un cierto instinto le llevaba a considerar la imagen de un monarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidía en gran manera con él en su amor a la exclusiva, dura e ilimitada dominación, así respecto de propios como de extraños».

No fue ciertamente Felipe II un guerrero, pero mandó a guerreros. Es muy fácil que el Kaiser, a pesar de su educación y de las maniobras en que ha tomado parte, tampoco sea un guerrero. Más parece tener de viajante de comercio. Pero si Felipe II no acompañó al duque de Alba en su campaña de Flandes, limitándose a transmitirle órdenes desde Madrid, el Kaiser ha visitado varias veces el campo de la lucha, en esa misma Flandes, conversando allí con sus Albas.

Dicen que Guillermo II de Prusia rinde un verdadero culto a Napoleón, pero no se nos ha dicho qué piensa y siente de nuestro Felipe II, si es que le conoce. Como buen luterano es muy fácil que execre la memoria de aquel a quien los protestantes han llamado el Demonio del Mediodía, sin perjuicio, por supuesto, de imitarle en lo posible.

Napoleón se detuvo en el Palacio Real de Madrid ante un retrato de Felipe II, y debió sin duda pensar la diferencia que había de aquel hombre —un hombre, todo un hombre después de todo— a los pobres muñecos, a los desdichados y abyectos homúnculos, Carlos IV el Holgazán y su hijo Fernando VII el Deseado —¡¡¡el Deseado!!!— a quienes conoció en Bayona.

No sabemos lo que Guillermo II de Prusia, el Hohenzollern, pensará y sentirá de nuestro Felipe II de Austria y también de España, pero puede leer y estudiar las campañas que sus ejércitos llevaron en los Países Bajos. Tiene para ello una obra ya clásica, la de John Lothrop Motley *The rise of the Dutch Republic (Surgimiento de la República holandesa)*, que aunque escrita en inglés puede el Kaiser muy bien leerla, por ser su autor norte-americano. Además es muy fácil, casi seguro, que ande traducida en alemán. El libro ha de ser de gran enseñanza para el Hohenzollern prusiano empeñado en germanizar, sea como fuere, a Bélgica, como el Austria español se empeñaba en catolizar, quieras o no, a Holanda. La prisión del cardenal Mercier, por el delito de ser patriota, hace de ocasión la lectura del libro de Motley.

Para el Kaiser, los belgas han de hacerse por fuerza alemanes; para nuestro Felipe II, los flamencos habían de hacerse por fuerza católicos, que equivalía de hecho entonces a hacerse españoles. Por sentencia del 6 de febrero de 1568, el

Santo Oficio condenó a todos los habitantes de los Países Bajos a muerte, como herejes. De semejante condena sólo se salvaban unas pocas personas, especialmente nombradas. Una proclama del Rey, fechada diez días después, confirmó el decreto de la Inquisición, y ordenó que fuese ejecutado sin consideración a edad, sexo o condición. Tres millones de personas, hombres, mujeres y niños, fueron condenados a horca en tres líneas.

Más adelante, en 1572, después de la matanza de San Bartolomé, al tomarse la plaza de Mons fue mandado que se ejecutase a los hugonotes allí cogidos por las tropas de Alba. A uno se le concedió morir a espada por haber sido un caballero y no de los más maliciosos, y por haber oído misa y muerto como católico, que se le enterrara en sagrado. A unos se les decapitó, a otros se les ahorcó, algunos fueron quemados vivos. Los que rehusaron confesarse y recibir los sacramentos católicos, perecieron por el fuego. A un pobre desgraciado acusado de haber puesto en ridículo los misterios de la religión católica, se le arrancó la lengua antes de decapitarle. Un obrero, Blas Bouzet, fue colgado por haber comido carne en viernes. Un anciano de sesenta y dos años fue llevado al patíbulo por haber permitido a su hijo llevar armas a los voluntarios. ¿A qué continuar relatando horrores?

En 1574, bajo el mando de Requesens, más humano que Alba, el Rey invitó a sus súbditos flamencos a que se arrepintieran y a perdonarles —¡perdonarles!— sus pasadas ofensas —¡ofensas!— con la sola condición de que volvieran al seno de la Iglesia Católica. Era ya tarde.

Poco tiempo después, en 1579, el cardenal Granvelle proponía al Rey Prudente que se pusiera talla de 30 ó 40. 000 escudos a quien matase al príncipe de Orange o le diese vivo «como hacen todos los potentados de Italia», decía. La razón política o de Estado puesta sobre toda consideración moral, y esto por un cardenal de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana y dirigiéndose al Rey Prudente, brazo derecho entonces de la dicha Iglesia. E invocando a los potentados de Italia, que era como invocar las doctrinas paganas de Maquiavelo.

Doctrinas maquiavélicas paganas que son las mismas de Treitschke y de Bernhardi, las mismas de Nietzsche, las del Sacro Imperio germánico, ante cuya majestad debe ceder toda moral cristiana. Y a eso se le llama la ley de la necesidad. La ha invocado, para justificar la invasión y conquista de Bélgica, el canciller del Imperio alemán en un discurso modelo de desfachatado cinismo, en que llamó un «pedazo de papel» al documento en que se consagró el respeto a la neutralidad belga. Y luego ha querido cohonestar esa conquista con un cúmulo de mentiras.

La ortodoxia imperial no es moralmente superior a la ortodoxia católica del siglo xvi, que cohonestó las barbaridades de los sicarios del español rey Felipe de Austria en los Países Bajos, ni parecen haber variado mucho los procedimientos de justicia. Se ha dicho que el imperio alemán pretendía alistar a la fuerza a jóvenes belgas, tratándolos como súbditos, para que peleasen contra sus hermanos. Y

Austria, el monstruoso imperio austro-húngaro, obliga a súbditos suyos a pelear contra sus hermanos de raza, de lengua y de espíritu.

La casa de Austria reinante en España, no España misma, perdió los Países Bajos. Y no fue extraña a esta pérdida Inglaterra, que ayudó cuanto pudo a que los flamencos y holandeses cobraran su independencia.

Poco más de dos siglos más tarde, Napoleón Bonaparte se paraba en Madrid ante un retrato de Felipe II, e invadía y conquistaba España. Pero España, con la ayuda de Inglaterra, arrojó a sus ejércitos recobrando la independencia y en campos de Flandes, en Waterloo, un general inglés, lord Wellington, el que echó a sus ejércitos de España, derrocó su Imperio. Y ahora, el admirador de Bonaparte, el Kaiser del Sacro Imperio Germánico, tiene a sus ejércitos, después de haber invadido y conquistado Bélgica, luchando contra el pueblo que sacudió el yugo del imperialismo católico español —más bien austriaco— al que ayuda la misma Inglaterra que ayudó a los neerlandeses a establecer su república, la que ayudó a España a recobrar su independencia, la que en Waterloo derrocó el Imperio napoleónico.

Si hay otro mundo y un día se encuentran en él las sombras de Felipe II, de Napoleón y del Kaiser, bajo las sombras de sus sendos imperios en ruina, ¡qué de cosas no podrían decirse! Acaso invoquen todavía entonces a Dios, al Dios de las batallas, pero la sombra de Maquiavelo, que les oirá desde un rincón, se sonreirá con una terrible mueca.

Miguel de Unamuno.

9. HELENISMOS

Conozco escritores alemanes y alguno español, pero germanizado, que pretenden que hoy es Alemania la más fiel representante del antiguo espíritu helénico, la que mejor lo comprende y lo interpreta. Es decir, que la ortodoxia del helenismo hay que ir a buscarla a la ciencia filológica y crítica alemana. Y hasta hay quien me ha dado a entender que quien no cree en el evangelio helenizante de Wilamowitz-Moellendorff está incapacitado para recibir la gracia helénica.

El mismo Wilamowitz-Moellendorff emplea de cuando en cuando fórmulas dogmáticas, inquisitoriales, que equivalen a decir: ¡quien no entienda así, como yo lo entiendo, no ha penetrado en el espíritu helénico!

Pero vamos a ver, después de todo, o más bien ante todo, ¿qué es eso del helenismo?, ¿quién lo ha definido de una manera incontrovertible? Porque con el helenismo pasa lo mismo que con el cristianismo, y es que cada pueblo, y hasta cada individuo de los que lo confiesan, lo entiende y lo siente a su manera. Y la pretensión de esos sabios alemanes de ser los genuinos concedores de la cultura helénica no tiene más valor que la pretensión que abrigó Lutero de haber

sido el más genuino conocedor del Evangelio, el que restauró su sentido primitivo y verdadero. Pedantería una y otra.

La filología clásica alemana es más que helénica y más que ática helenística, según la clasificación del ya citado filólogo e historiador de la literatura griega, alejandrina. Y no sé de dónde saquen que esos formidables sabios hayan sorbido mejor el jugo helénico que lo sorbieron el poeta francés Chénier o el italiano Foscolo, que eran, además, griegos de nacimiento.

Para algunos críticos la cultura helénica, a que llaman europea, va de Grecia a la Italia del Renacimiento, de ésta a la Francia del siglo XVIII y de ésta a la docta Alemania del XIX. Atenas, Florencia, Versalles y acaso Leipzig —el gran centro de librería— son sus ciudades exponentes. A lo que sólo hay que objetar lo que ya he dicho y es que hay muchas interpretaciones, a las veces discordes y hasta contradictorias entre sí, del espíritu helénico, del helenismo. Y si llamara a la cultura europea helenidad, remedando aquella terrible frase del danés Kierkegaard de que la cristiandad está jugando al cristianismo, podríamos decir que la helenidad está jugando al helenismo. Si bien es cierto que el helenismo, por contraposición al cristianismo, es juego.

Hay quien me ha dicho que de Tucídides se pasa a Maquivelo y de Maquivelo a Treitschke, pero en este segundo paso veo un salto y muy grande. En el fondo Treitschke, con su brutalidad rebuscada, tiene muy poco de maquiavélico y menos de tucidídico.

El pretender tener poco menos que la exclusiva de la inteligencia del helenismo, me parece una de las más pedantescas pretensiones que puede darse. Veinticuatro años llevo explicando y comentando a los autores griegos y no se me ocurriría pretender haber llegado a su perfecta inteligencia. Mi Sófocles o mi Platón o mi Píndaro pueden no ser los de otro que los conozca tan bien como yo, mas no por eso aceptaré su ortodoxia crítica ni pretenderé que él acepte mi herejía al respecto.

En un tiempo estuvo muy en boga oponer el espíritu clásico, entendiendo por tal el helénico; al romántico y, sin embargo, me parece muy cierta la afirmación de Arturo Farinelli cuando en su libro *El romanticismo in Germania* dice que «jamás fueron leídos y apreciados y admirados los clásicos, Homero, y los trágicos helénicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides particularmente, como lo fueron en el período de mayor ardor romántico». Y añade: «La infancia romántica, que nos imaginamos llena de fervidísimos sueños y de arrebatos románticos, tiene raíces en el estudio de los clásicos». Y cuán de otro modo que Schlegel o que Novalis o que Hoelderlin entienden a los clásicos helénicos los filólogos tudescos de hoy en día.

La ortodoxia cultural es tan insoportable e inadmisibles como la ortodoxia religiosa, y como no se puede admitir que haya autoridad alguna cristiana que tenga las llaves de la genuina inteligencia del Evangelio, no cabe admitir tampoco que haya autoridad alguna crítica o filológica que tenga las llaves de la genuina

inteligencia de los poemas homéricos o de la tragedia griega. Y al servicio de ambas autoridades hay sendas inquisiciones.

Hay, por ejemplo, quien ha sostenido muy en serio que lo fundamental, lo central del helenismo es la «aquendidad» —en alemán «Diesseitigkeit»—, el limitar nuestras aspiraciones y nuestras investigaciones al mundo de acá, a la pasajera vida presente, sin cesar renovada en el mundo, al reino de este mundo, y sin embargo ahí está una obra clásica alemana, la de Erwin Rohde, *Psyche*, estudio sobre el culto a las almas y la fe en la inmortalidad entre los griegos, que prueba cuán poco fundada es la tal interpretación. Y es que el helenismo siendo una cosa tan compleja y tan viva como el cristianismo, está tan lleno de íntimas contradicciones como éste lo está. O más claro, que así como no hay un cristianismo, sino varios cristianismos, así tampoco hay un helenismo, sino helenismos. Y del mismo que la ortodoxia de la Iglesia Católica Apostólica Romana no puede, en verdad histórica, rehusar el nombre de cristiana a cualquiera de las sectas heréticas que invocan tal nombre y que a su vez se lo escatiman y aun rehusan a esa Iglesia, tampoco la ortodoxia de la Universidad Filológica Clásica Germánica tiene derecho alguno a disputar el helenismo de cualquiera de los herejes helenizantes que pretendan poseerlo.

Si en España hubiese algún helenista con ciencia y arrestos podría acometer la empresa de demostrar que Cervantes o Calderón han sido ingenios tan helénicos o acaso más que el de Goethe y eso sin haber sabido gama de griego ni uno ni otro. Y si hay quien ha hecho cotejos entre el drama inglés, el de Shakespeare, Marlowe y Ben Johnson y la tragedia griega, lo mismo podría hacerse entre ésta y nuestro teatro clásico castellano del siglo XVII.

La cultura helénica es como la naturaleza; cada cual la ve con sus ojos. Y se interpreta el paisaje de otra tierra con la mirada hecha a contemplar el de la propia. Y no es a través de las brumas del mar del Norte o del Báltico, como mejor se puede ver la línea del horizonte del mar de color de vino, de la Jonia.

Miguel de Unamuno.

10. REALISMO INHUMANO

Hay cosas que en una y otra forma, hay que estar repitiéndolas hasta la saciedad. El procedimiento de ¡machaca! ¡machaca! suele ser, a las veces, uno de los más eficaces. No tiene, además, la culpa el que habla o escribe de que quien le oye o lee no se rinda desde luego a lo que aquél juzga incontrovertible.

La guerra actual nos ha servido a muchos, y a mí por lo menos y acaso muy en especial, para remachar en algunos de mis temas favoritos. Y uno de ellos es el del valor íntimo, subjetivo, introspectivo de la personalidad y lo necesario que es el que ese valor se reconozca. Para mí lo capital del cristianismo se reduce a

eso, a dar un valor absoluto a la personalidad individual, al alma humana que se cree inmortal. El «ama a tu prójimo como a ti mismo», implica ya que no el «conoce a tu prójimo como a ti mismo», un «reconoce que es un alma propia y absoluta como la tuya».

Esta reflexión, en mí ya antigua, me la refrescan unos párrafos de un artículo de Ramiro de Maeztu publicados en el *Heraldo de Madrid* del día 23 de febrero. En ese artículo contádonos que el pastor Dohring había dicho en un sermón predicado ante la familia imperial de Alemania que ya esta nación se había hecho cargo de que sus ideales estaban aislados en el mundo y que sólo podía contar consigo misma para defenderlos, añade Maeztu:

«Al pastor Dohring no se le ocurre la posibilidad de que esos ideales, y los métodos con que se defienden, pueden estar equivocados. Su orgullo de alemán le impide vislumbrar la posibilidad de que se está engañando. Se figura que está repitiendo el caso de “Athanasius contra mundum”. Pero esta frase es engañosa. Atanasio no estuvo nunca solo contra el mundo. Estaba desde el primer momento con la Iglesia.

»Pero si es verdad que la Alemania actual ha hecho el descubrimiento de que se halla sola en el mundo para defender sus ideales, no lo es menos que también el resto del mundo está empezando a hacer otro descubrimiento singularísimo. Y es que existe un gran pueblo en el mundo, muy culto, muy sabio, muy metódico; pero tan absolutamente incapaz de emplazarse en el punto de vista de los otros, que cree que sus necesidades son superiores a las leyes y que no se da cuenta de que esta creencia suya la han tenido en todo tiempo los individuos que han vivido fuera de las leyes.

»Claro está que la noticia de este descubrimiento no se está propagando sino muy lentamente. Se trata de hechos que no se asimilan con sólo leerlos en letras de molde, sino que uno los ha de pensar por sí mismo. Pero la guerra está siendo tan larga, que parece que va a dar tiempo a todo el mundo culto para percatarse de que Alemania se ha colocado frente a la letra y frente al espíritu de todos los Convenios internacionales y frente a los principios liberales y nacionalistas del Derecho moderno».

Hay en estos párrafos una cosa muy de notar, y es la de que un pueblo muy sabio y muy metódico sea absolutamente incapaz de emplazarse en el punto de vista de los otros. Y así es en verdad. Y ello estriba en que un pueblo o un hombre muy sabio puede carecer de esa facultad más bien imaginativa y sentimental que propiamente intelectual que llamaremos la simpatía, esto es, la capacidad de ponerse en el lugar de otro, de sentir como él siente, de ver el mundo con sus ojos. Verdad es que si muchos sabios no pueden ver el mundo con ojos ajenos es que tampoco lo ven con los propios, sino por el objetivo de un microscopio. Y aquí está el mal: en el objetivo.

Decía Tóppfer, el ginebrino, que hay quien cree en la ciencia más que en las cosas mismas, y que llegará a ser escéptico respecto a su propia existencia, siendo

muy dogmático sobre tal sistema nebuloso de filosofía. Y de un filósofo germánico, de Natorp, es aquello de que el individuo es, como el átomo, una abstracción. Sin duda él, Natorp, se siente abstracto a sí mismo, es decir, no se siente sino como pedazo o componente de su pueblo. No se siente sujeto, sino objeto.

El tosco realismo —aunque disfrazado de idealismo no pocas veces— que ha predominado en la sabia Alemania, ha sacrificado la subjetividad —que tanto y tan a la ligera se le tribuyó a esa casta— a la objetividad. Han predicado la objetividad y han acabado por hacer del hombre un objeto, una cosa, y no un sujeto, un alma, una conciencia íntima. Porque no debemos engañarnos con la conciencia que es receptáculo del imperativo categórico de la razón práctica; esa conciencia es también una cosa, un objeto.

Ved cómo en la psicología han llegado a medir la relación entre la excitación y la sensación, y lo han sometido todo a estadística y cálculo. Diríase que han invertido el manómetro del alma y el barómetro del dolor.

Pero al objetivar así lo más íntimo, lo más espiritual, se les ha escapado el alma. Y junto a su riquísima bibliografía psicológica, en el sentido científico, ¿cuántas páginas de arte, de lírica, de poesía pueden presentarlos en esta su época de objetivismo en que se sienta palpar un alma? Y el alma ajena sólo se conoce a través de la propia.

Ved las cosas tan doctas, tan documentadas, tan minuciosas, tan documentadas que han hecho en teología y en exégesis bíblica. ¿Qué página mística puede ofrecernos?, ¿qué gran predicador que haya sentido el cristianismo? Recuerdo un pasaje de Dostoyevski, el ruso, en su novela *Raskolnikov* o *Crimen y castigo*, en que la esencia del cristianismo se nos revela mucho mejor que en aquellas conferencias secas, frías, muertas, inanimadas, que sobre este problema dio el doctísimo Harnack en Berlín.

Ostwald decía que Alemania llegará a ser el centro de gravedad intelectual. Lo que no se le ocurría al inminente químico es que hay bastante más que la inteligencia y que lo intelectual, y que lo primero que necesitan un individuo o un pueblo para poder ganarse a otros, no ya para dominarlos, es tener simpatía, capacidad de sentir como otros sienten. Y que esto es lo cristiano y lo humano. Y lo otro, el realismo científico, es inhumano.

Es pura inhumanidad no poder imaginarse que hay otros que siendo muy distintos de nosotros y teniendo otro ideal de vida no nos son inferiores ni mucho menos. «¡El que no crea lo que yo creo se condena!». He aquí una fórmula de inhumanidad o sea de barbarie teológica. Y hay una barbarie científica parecida. O si se quiere una barbarie racionalista.

Lo he dicho con su palabra y no lo retiro ya: barbarie racionalista. O sea barbarie de la razón, inhumanidad de la razón. Racionalizándolo todo se lo barbariza, porque la peor barbarie es la de la tiranía de la razón.

Si entramos en el fondo de esas doctrinas germánicas que tanto nos escandalizan, las de Nietzsche, Treitschke, Bismarck, Bernhardi, Ostwald, Lasson, veremos que en el fondo y a partir de su postulado práctico y realista, de su imperativo categórico, el de un pueblo que quiere afirmarse y sobreponerse, son doctrinas perfectamente racionales. Dado un fin, buscar los medios más adecuados para conseguirlo. Y lo del fin, lo teleológico, no es racional. El realismo consiste en poner la razón al servicio de la voluntad de potencia. La razón pura puede venir a parar en la pura barbarie, es decir, en la pura inmunidad. El hombre no es sino un objeto.

Y ello no es en el fondo sino la destrucción del sentimiento cristiano. Del sentimiento, hay que repetirlo. Del sentimiento, que no se mide ni se cuenta ni se pesa; del sentimiento, que no es nada objetivo; del sentimiento, que es irracional. Un pueblo muy sabio y muy metódico puede llegar a perderse por ser incapaz de meterse en el alma de los otros pueblos, de quererlos como hermanos. Y no los quiere como a tales quien pretende, henchido de petulancia, dirigirlos como si le fuesen inferiores.

Miguel de Unamuno.

11. IBO, VIDEBO, VINCAM!

Se cuenta de César, que exclamó después de una campaña victoriosa: «¡Veni, vidi, vici!». ¡Vine, ví, vencí! Pero lo que no se dice es que dijera nunca: ¡Ibo, videbo, vincam!». Esto es: «¡Iré, veré, venceré!». El César, con c latina, no llegó nunca a semejante grado de petulancia.

Se dirá que no es petulancia, sino fe en sí mismo o en sus fuerzas. Pero esta fe, que no es precisamente un obsequio racional, tanto puede proceder de conocimiento de las propias fuerzas como de desconocimiento de las del contrario.

En estos tiempos de cientificismo y de ingenierismo que corremos, no creo que haya pedantería más ridícula que la pedantería militar. Desde que hay tantos militares, y lo que es peor, tantos paisanos «dilettanti» y aficionados a las cosas de milicia, a quienes se les llena la boca con la palabra Ciencia, pronunciada así, con letra mayúscula y casi en éxtasis... anti-místico, no se puede soportar esa pedantería. Que suele ir unida a cándidos ensueños juliovernescos.

«¿Pero cómo quiere usted —me decía uno— que en seis o siete meses improvisen lo que los otros han estado preparando metódica y pacientemente años enteros?». A lo que le contesté: «Pues mire usted, señor mío; aparte de que un hombre puede aprender y preparar en cuatro días lo que otro necesitó cuatro meses para aprender y preparar, hay preparaciones que por metódicas y pacientes que sean, significan perder el tiempo y la salud y el dinero lastimosamente. Todas las cosas tienen un límite, lo mismo para un hombre que para un pueblo.

Un jugador de billar, de tresillo o de ajedrez, llega a un punto de perfección y de ahí no pasa, ni a los cuarenta años de estar jugando juega mejor que a los veinte. Un tirador llega a dar tantos tiros en el blanco, y de ahí no pasa. Una vieja que lleva ochenta años rezando doce padrenuestros cada día, no sabe el padrenuestro mejor que uno que lo aprendió bien de niño y hace años que no lo reza. Y siempre he creído una pedantería y nada más que una pedantería, el suponer que un soldado a quien se le tenga cuatro años en filas, repitiendo todos los días las mismas cosas, y bien sencillas por cierto, sirva para batirse, no para hacer pantomimas, más que uno que lleve un año. Lo que podrá foguearse es la guerra misma, pero no esos ejercicios tan teatrales y, créamelo, tan para matar el tiempo.

Zumalacárregui, un maestro del arte de la guerra, formado primeramente junto a Jáuregui, el Pastor, en la guerra de la Independencia, y no un catedrático de la ciencia de la milicia, formó en poco tiempo un ejército muy eficaz y aguerrido, frente al ejército nacional. Su inferioridad consistiría en medios y no en otra cosa.

La experiencia es una cosa transmisible y lo que a uno le ha costado uno, dos, diez o veinte años descubrir, se lo ve otro, lo copia y lo aprende en una, dos, diez o veinte semanas. Recuérdese aquello del jugador de pelota a quien desafió otro que tenía un formidable saque y es que aquél le vio sacar tres o cuatro veces, le aprendió la manera, sacó como él, le llevó el partido de calle y al acabar le dijo: «Si ya me figuraba yo que tú no sabías restar tu saque!».

Bueno es prepararse para una agresión o si uno se dedica a vivir de lo ajeno bueno es prepararse a agredir; pero no consiste ello en estarse todo el día dando puñetazos a un muñeco o a una cabeza de turco. Ni está probado que en una riña de verdad, en la calle, no en un circo, lleve siempre la mejor parte el luchador de oficio. No es ningún misterio esfíngico eso de dar un buen puñetazo y un excelente burgués, tranquilo y sedentario, si está sano, puede administrárselo al pugilista.

Claro está que con esto no quiero decir —¡Dios me libre de semejante desatino!— que no haya de haber instrucción militar y disciplinas científicas aplicadas a la milicia —¡no ciencia militar, por supuesto!— y educación especial para los militares y ejército profesional; pero esa instrucción y ese especialismo sirven —y pueden tomármelo a paradoja— más para que no la perturben, más para que hagan la guerra. El militar inculto, espontáneo, el guerrillero, es temible en tiempo de paz. El héroe profesional sin ocupación, es un peligro para la patria. La más grande virtud de un guerrero es saber no guerrear. Y esto puede y debe pedirse al militar profesional, de carrera.

El tener un ejército profesional culto, instruido, disciplinado, sirve para que no arme pronunciamientos. Para que no provoque guerras injustas e innecesarias, pero una vez en guerra, aparte, ¡claro está! de que disponga de mejor material, no me pueden hacer creer que sea muy superior a un ejército que improvise un caudillo hábil. Creo que si un cañón de último modelo cae, con sus proyectiles y anejos todos, en poder de una tribu guerrera del centro de África, no

tardarán éstos mucho en manejarlo de una manera eficaz. Y más si hay quien les enseñe empíricamente su manejo. El hacer otro igual ya sería otra cosa. Pero, lo que una vez dije y escandalizó a alguien: la luz eléctrica alumbra aquí lo mismo que donde la inventaron.

Y no se diga que ese pueblo que se ha estado años enteros derrochando y malgastando —así, como suena— tiempo, dinero y esfuerzo en hacer soldados, tendrá más espíritu militar, si es que éste es el valor y la pericia necesarios para vencer. Puede estarse uno un año entero preparándose a invadir la tienda del vecino y llevarle lo que allí coja; como el vecino sea hombre robusto y tenga una buena tranca, puede muy bien defenderse del que se llevó un año haciendo flexiones de pecho y saltando banquetas para saltar luego el mostrador de la tienda del vecino.

No me quitan de la cabeza que en eso de la preparación para la guerra hay mucho de fantasmagoría y de teatralidad y de petulancia. Una cosa es estar alerta y prevenido, y otra estarse haciendo títeres. Hice durante años gimnasia y conozco su vanidad. Y vanidad también es en gran parte la esgrima. Ahora, si se la toma como juego y deporte...

No sé cómo acabará esta guerra; el oficio de profeta tiene demasiadas quiebras. Pero si se acaba de un modo que se desacredite esa pomposa y cacareada ciencia militar, que fuera del arte, apenas pasa de ser pedertería, habrán ganado los pueblos todos. Y se verá que a los ejércitos, ya que desgraciadamente tiene que haberlos, hay que educarlos más para la paz que no para la guerra, para que sepan abstenerse de luchar cuando no haga falta, y sobre todo para que no se crean en posesión de ningún misterioso secreto de victoria.

Miguel de Unamuno.

12. LA SOBRENACIÓN

Aquel austero predicador unitariano norte-americano que fue William Ellery Channing, contemporáneo de Napoleón el Grande, publicó en 1827 un estudio o ensayo ético a propósito de la *Vida de Napoleón Bonaparte* que por entonces escribiera Walter Scott. El largo ensayo de Channing no se destaca, como ninguna de las obras de éste, por una extraordinaria profundidad ni novedad de pensamiento, así como tampoco por brillantez de estilo o por rozagancia de imaginación, sino más bien por lo que al gran educador le era propio, por un hondo sentido moral y una llena y continua elevación y pureza de sentimiento religioso. No sorprende nunca, pero satisface.

Quien conozca a Channing podrá suponerse lo que éste diría de Napoleón, prototipo de tiranos. Channing ha sido, sin duda, uno de los hombres que más íntima e intensamente han sentido la democracia y el pacifismo. Lo que no le

impidió excusar y aún justificar alguna vez la guerra; contradicción no más que aparente. Channing no amaba, no podía amar a Bonaparte. Channing ha sido uno de los hombres más arraigadamente anti-nietzschenianos, es decir, uno de los hombres más arraigadamente cristianos. Y apenas se nos presenta en la historia figura más anti-cristiana que la de Napoleón.

Pero hay algo más anti-cristiano aún que un Napoleón, que un sobrehombre —«Uebermensch»— así, y es un sobrepueblo, un «Uebervolk». Más anti-cristiano aún que un hombre que se levanta y dice, como Napoleón se levantó y dijo: «yo sobre todos los demás pueblos», es un pueblo que se levanta y dice: «nosotros sobre los demás pueblos». Esto es: «Deutschland ueber alles in der Welt!». Lo del pueblo escogido de Dios es de Antiguo Testamento, pero no del Nuevo; es judaico, no cristiano. Para el cristianismo el pueblo escogido de Dios, en cuanto pueblo, fue un pueblo deicida. Y si los apóstoles fueron judíos renunciaron en cierto modo a esa su nacionalidad natural. Pablo, el apóstol de los gentiles, decía con orgullo: «¡Soy ciudadano romano!», y predicaba contra la circuncisión nacionalista. Y vamos a Channing sobre Napoleón.

«Para un espíritu que ha puesto su felicidad toda en no tener igual el pensamiento de descender al nivel aunque sea de los reyes, es intolerable. El espíritu de Napoleón había sido dominado por tales ideas de imperio universal que Francia, aun extendiéndose del Rin a los Pirineos, le parecía estrecha para él». Así decía, con gran justeza, aunque con poca novedad, Channing. Poned en vez de un hombre un pueblo, y diremos que para un pueblo que ha puesto su felicidad en no tener igual —¡Alemania sobre todo en el mundo!— la idea de descender al nivel de una nación, de una nación como las otras, mejor o peor, le es intolerable. Tiene que ser una sobrenación.

Más adelante dice de Napoleón Channing: «El regir —“to rule”— no era bastante para Bonaparte. Necesitaba asombrar, confundir, dominar las almas de los hombres por resultados atrevidos, magníficos e inesperados. El gobernar, ni aun absolutamente, no le habría satisfecho si hubiera tenido que gobernar silenciosamente. Necesitaba reinar por el asombro y el terror, por la grandeza de su nombre, por un despliegue tal de poderío que hiciera se clavasen en él todos los ojos y le convirtiera en el tema de toda lengua». Y esto que el moralista norte-americano dijo del tipo del hombre tirano, cabe decir del tipo del pueblo napoleónico, de la nación tirana. Siente necesidad de asombrar, de confundir, de hacerse espectáculo, de dar que hablar. Y envía sus hijos a la muerte y van éstos a ella con el principal fin de que se diga con asombro: «¡Cómo desprecian la vida!», aunque este desprecio de la vida, hijo de una monstruosa vanidad colectiva, no tenga otra eficacia que provocar ese asombro. Hay que «épater» a los otros pueblos.

«La tranquila admiración, aunque universal y duradera, habríale sido insípida. Necesitaba electrizar y dejar turulado. Vivía para el efecto. El mundo era su teatro y se cuidaba muy poco del papel que representaba con tal de que pudiera pasarse como solo héroe por el escenario y provocar estallidos de

aplausos que redujeran al silencio toda otra fama». Y esto que Channing dice de Bonaparte, el héroe espectacular, puede decir del pueblo espectacular también y no sé si también héroe. Aunque uno de los suyos, Treitschke, en un ataque de modestia dijo que el alemán es un héroe nato, «ein geborener Held».

«En la guerra —sigue diciendo de Napoleón Channing— los triunfos que deseaba eran los que parecían barrer al enemigo como un torbellino». Algo así como aquella primera marcha, en agosto, sobre París, con sus plazos contados, y el famoso ataque a lo Sauer, colmo de la pedantería profética militar, que es la más ridículamente pedantesca de todas. Pírgopolinices es cien veces más pedante que el doctor Sábelotodo.

Lo que dominaba a Napoleón, concluye Channing, era la auto-exageración, la «self-exageration». Creía ser algo más que hombre, tenía una insana convicción de sobrehumana grandeza, «an insane conviction of superhuman greatness». Todavía cuando Channing escribía esto, en 1827, aunque se conocía, en inglés como en las demás lenguas cultas, el adjetivo sobrehumano, no había aún el prusiano Nietzsche inventado el sustantivo sobrehombre. Y por lo tanto no se estaba en camino de llegar a la idea de una sobrenación, o de un sobrepueblo que es el que se compone de sobrehombres, o séase de héroes natos, según uno de ellos, son los alemanes.

«En su propia idea —añade Channing— él estaba aparte de los demás hombres. No había que medirle por el patrón de la humanidad. No había de estar sujeto a las leyes y obligaciones que era de esperar obedeciesen los otros. La naturaleza y la voluntad humana tenían que doblegarse a su poderío. Era el hijo y el favorito de la fortuna, y si no el señor, el principal objeto del destino». Sabido es, además, que se le llamó el Hombre del Destino. Y ahora tenemos el Pueblo del destino. Basta leer algunas de esas proclamas, que revientan petulancia, con que el Kaiser ha exacerbado la borrachera de presunción de sus súbditos, héroes natos. ¡Y porque en ellas, en esas impías proclamas, se toma de celestino a Dios, hay quienes hablan de la religiosidad de ese pueblo!

«Pretendía inspiración y comisión de Dios —dice también el predicador unitario refiriéndose al tirano unitarista— y estaba ansioso de unir el carácter de profeta al de héroe». Él insultaba a Dios como dice muy bien Channing. Como le insultan todos los que invocan su santo nombre para encubrir petulancias humanas, demasiado humanas.

Y dice Channing: «Bonaparte pareció no haber sido nunca capaz de comprender el peculiar carácter y la influencia de Inglaterra, y las violentas medidas por las que intentó romper las viejas conexiones de este país con el Continente, no hicieron sino darle fuerza, añadiendo a los lazos del interés los de la simpatía, del común sufrimiento y del peligro común». Y luego añade que preparó Napoleón el más importante instrumento de dominio, una gran fuerza militar, pero «los estimulantes que para este propósito se vio forzado a aplicar perpetuamente a la vanidad francesa, la ostentación con que se trompeteó al mundo el invencible

poder de Francia y el estilo hinchado y altanero que llegó a ser la más chocante característica de este pueblo embriagado, sirvieron de perpetuas irritaciones del espíritu y el orgullo nacional de Europa, e implantaron un profundo odio hacia el nuevo e insultante imperio que no aguardaba sino un momento favorable de pagar con creces la deuda de humillación».

Al cabo, ya se sabe, Inglaterra enjauló en el islote de Santa Elena al primer sobrehombre del siglo y allí murió él, que en una isla había nacido. Y murió tratando de disculparse.

¿Qué fue en el fondo Bonaparte? Un bárbaro.

Miguel de Unamuno.

13. DE VALLADOLID

El día 8 de mayo di ante el Ateneo de Valladolid —en un teatro— una conferencia sobre lo que Castilla puede aprender del espíritu actual de Cataluña tal y como en su poesía se refleja. El tema era a modo de un motivo central para ir tramando y tejiendo en torno de él —algo a mi manera un poco digresiva y como de perro que zigzaguea sobre un camino— diversas reflexiones de psicología comparada referentes a Cataluña y a Castilla. Mi principal objeto insistir una vez más en que castellanos y catalanes —lo mismo que todos los demás pueblos que integran la nación (nación y no Estado) española— se estudien y traten de conocerse. Pues así se harán justicia y se integrarán sus sendos espíritus en un espíritu común y superior más complejo y más vasto, que armonice las diferencias sin suprimirlas.

No es mi propósito ahora y aquí reproducir ni en todo ni en parte, lo que en mi conferencia dije. Básteme hacer notar que he podido comprobar una vez más el grandísimo progreso en las condiciones de nuestros públicos. De diez a doce años acá se observa una mejora muy prometedora. Oyen con mucha más atención, y naturalmente aplauden menos, pero cuando lo hacen es con mejor sentido. Porque no es el aplauso, es la recogida atención lo que debe buscar el conferencista que no vaya a satisfacer una pueril vanidad de actor o de «virtuoso» de la palabra. Mantener despierta y vigilante la atención de un público durante hora y media, vale más que ser interrumpido una docena de veces por eso que en las acotaciones de la deplorable jerga parlamentaria se llama «frenéticos aplausos».

El público que tuve en Valladolid me dejó satisfecho. Uno así lo querría para cuantas veces hable. Sus movimientos de atención —pues ésta se mueve— seguían a mis movimientos de intención. No saben bien los que allí me oyeron cuán confortado salí de su audición.

Dije cosas, algunas en el fondo un poco duras para Castilla, y tal vez exageré, por vía de amonestación, ciertos reproches, pero ello no encontró aversión. Y es

que el castellano es de los más propicios a aceptar las reprensiones que se le dirijan a su pueblo, cuando presiente o ve que es un espíritu de cariño y de justicia lo que las dicta. Si es verdad que el principio de la salud es que el hombre o el pueblo conozca su mal, cabe decir que en camino de curarse está Castilla.

Pero es de otra cosa de lo que principalmente quiero hoy hablaros aquí, y es de la curiosidad que en Valladolid parecen despertar las cosas de Cataluña y del deseo de conocerlas.

Es muy cierto que Castilla y Cataluña no se aplican lo bastante a conocerse mutuamente y que tanto en una como en otra se oye de cuando en cuando quejas de la ligereza con que se juzgan, o se condenan sin juzgarse, entre sí. Pero yo, que leo diarios catalanes, debo confesar que más veces he visto maltratada y mal juzgada a Castilla en Cataluña, que a ésta en aquélla. En *La Veu de Catalunya*, v. gr., entre cosas muy justas y muy nobles, he solido leer sueltos de una insidia injustísima, y algunos firmados por un joven culto. A quien se lo he hecho saber.

He dicho alguna vez que el español es puntilloso y receloso —«pointilleux et ombrageux»— que dicen los franceses. Y como el catalán tiene más acusados que los demás españoles algunos de los caracteres comunes a todos nosotros y de todos nosotros diferenciales, tiene acusadísimo lo de la quisquillosidad y la recelosa. Muchas de las llamadas ahí estridencias no provienen de otra cosa.

Y las estridencias del Catalanismo, hay que decirlo, son, en general lamentabilísimas. Muchos de los agravios de que se queja son puramente fantásticos.

Hay una cosa que es evidente y yo la he puesto de relieve más de una vez, y es que si en alguna parte hay opinión pública en España, es en Cataluña, y también en mi nativa tierra vasca. En eso de la opinión pública, Cataluña supera enormemente a Castilla. En el orden político, por ejemplo, en Cataluña no es posible el encasillado electoral desde el ministerio de la Gobernación, que es posible en Castilla. Lo que no quiere decir, claro está, que en Cataluña no haya caciquismo, sino que el caciquismo catalán se apoya en opinión pública, acaso de una clase social. Será tal vez oligárquico, pero no es burocrático.

Pues bien. Por el hecho mismo de haber en Cataluña una cierta opinión pública que no hay en Castilla, están los catalanes obligados a venir acá a procurar hacerla. Y es a donde quería venir a parar.

En Valladolid me manifestaron su deseo de oír a representantes de Cataluña que les vengan a hablar de lo que a los dos pueblos parece diferenciar y aun distanciar y de lo que les une; me contaron las gestiones que atenedoras a ello han hecho, y del ningún resultado que hasta hoy les han dado. Citáronme los nombres de tres o cuatro ilustres hombres públicos catalanes, de los más ilustres y más prestigiosos, a quienes habían acudido sin haber logrado más que buenas palabras. Y entonces yo les dije: «Lo que deben ustedes hacer no es acudir a esos u otros ilustres catalanes pidiéndoles que busquen allí y escojan quienes vengan a hablar aquí, sino escogerles ustedes. No esperen que una

entidad, una corporación o un partido catalanes cualesquiera, designe quien lleve su voz para hablarles a ustedes; desígnenlo ustedes. Y no hagan caso luego si dicen por allá que aquel a quien ustedes llamen no representa sino un convencional o un cotarro o una opinión personal».

Y les dije eso porque creo conocer algo Cataluña y sé lo profundamente dividida que está y hasta dónde llegan las discordias intestinas de sus hombres eminentes. Lo cual es una consecuencia del régimen de opinión. En mi vida olvidaré lo que Cambó, cuando vino a hablarnos a esta ciudad de Salamanca —donde fue oído con profunda atención y con gran simpatía, dejando hondo recuerdo— me dijo sobre lo que es la envidia en esa su tierra natal. No hay sino ver la rapidez con que ahí se gastan los hombres públicos.

Me he quejado antes de la insidiosa injusticia con que con lamentable frecuencia se juzga a Castilla en los diarios catalanes, pero debo añadir que el mismo tono de insidia, de mezquina rencilla aldeana, suelen emplearlo cuando se atacan los unos a los otros catalanes entre sí. Todas las discordias intestinas de la política barcelonesa se manifiestan en la Prensa de una manera nada edificante para el resto de España que de ello se entere. Ahí, en Cataluña, hay opinión pública, sin duda; la hay, por lo menos, más que por acá, pero en cambio de ese bien, ¡qué de sórdidas pequeneces de guerra civil democrática!

Esas disensiones intestinas, esas menudencias, esos celos y esas rencillas de pequeña burguesía, es lo que ha impedido que el catalanismo tomase una noble forma imperialista, expansiva, sacando de sí fórmulas de regeneración política aplicables a toda España. Las estridencias del catalanismo no brotan de la conducta y la actitud del resto de España para con Cataluña, brotan de dolencias interiores. Cuando el catalanismo estride, chilla —sin razón casi siempre— contra España, es por un retortijón intestino, es por efecto de una lucha interior entre catalanes.

Miguel de Unamuno.

14. AMA A OTROS PUEBLOS COMO AL TUYO PROPIO

El otro día comentaba desde estas mismas columnas unas palabras de Vladimiro Soloviev estableciendo cómo no hay verdadera patria, verdadera nación, mientras un pueblo no adquiera conciencia de su misión para con los otros pueblos, para con la humanidad. La conciencia es algo relacional; el absoluto solitario sería un ser inconsciente, nadie sabe quién es, y lo que vale más, cuál es su obra, sino frente a los otros. Y lo mismo sucede con los pueblos. Y el pueblo que se encierra en sí y pretende vivir para sí mismo y antepone los intereses, que son lo más exclusivamente individual, lo hacia dentro, a los ideales, que son lo social, lo hacia fuera, cae en regionalismo —llámesele como se le llame— que es una de las más tristes formas del materialismo político.

«Admitamos —decía Soloviev— que el objeto inmediato de toda relación moral sea el individuo tomado en sí. Pero una de las particularidades esenciales de este individuo, la prolongación y el alargamiento directo de su persona es su personalidad, en el sentido positivo de fuerza creadora, de tipo y de carácter nacional. Esta nacionalidad no es un hecho puramente físico; es una determinación psicológica y moral. Con el grado de desarrollo que la humanidad ha alcanzado, el hecho para el individuo de tener una nacionalidad determinada, está reforzado por un acto de conciencia y de voluntad. De tal modo la nacionalidad es una propiedad interior, que no se puede separar del individuo, una cualidad que le es sumamente cara. Y entonces, ¿cómo va a ser posible tener relaciones morales con este individuo si no se acepta la existencia de lo que para él tiene tanta importancia? El principio moral no autoriza a transformar a un individuo real, a un hombre vivo, con sus características nacionales esenciales, en un sujeto abstracto y hueco, separado de las particularidades que lo determinan. Si debemos aceptar la dignidad de tal hombre, esta obligación se extiende a todas las cualidades positivas a que liga su dignidad; si amamos a un hombre debemos amar su nacionalidad porque él la ama y no se separa de ella. Un ideal moral superior exige que amemos a todos los hombres como a nosotros mismos; y puesto que los hombres no existen fuera de las nacionalidades (así como éstas no existen fuera de los individuos) y que el bien nacional ha llegado a ser un bien moral, interior y no sólo físico, síguese lógicamente que “debemos amar a todas las nacionalidades como a la nuestra”».

Así Soloviev. Cuya lógica se resistirá, estoy de ello seguro, a todos aquellos que alimentan espíritu de odio hacia otros pueblos. En rigor porque no quieren tampoco al propio pueblo. El que odia a otra nación o a otra región, es, en el fondo, porque no ama a la propia. Y es triste cosa la de que los regionalismos se alimentan de aversiones y de incomprensiones mutuas. Jamás me he encontrado con hombres más incomprensivos que con los regionalistas. Incluyendo entre ellos, ¡claro está!, a los regionalistas de España, a los españolistas, que no sienten a España sino como a una región más grande que su provincia o comarca de origen.

Y sigue Soloviev: «Esta regla expresa el patriotismo considerado como un sentimiento natural y fundamental, como una obligación directa del individuo frente a su obra colectiva más próxima. Este sentimiento se libera al mismo tiempo de las formas animales del egoísmo nacional; llega a ser el fundamento de relaciones positivas con todas las otras nacionalidades y concuerda con el principio moral absoluto. La importancia de esta obligación de amar a las otras nacionalidades no depende en modo alguno de la respuesta que se dé a la cuestión metafísica de saber si los pueblos son seres colectivos independientes de los individuos que los componen. Si, por otra parte, la nacionalidad no existiese más que en las unidades concretas que participan de ella, sería “en ellas” una particularidad positiva que podríamos estimar y amar en los extranjeros no menos que en los compatriotas. Y si tales relaciones se hacen regla eficaz, las diferencias nacionales se

conservan, hasta se acusan, se hacen más netas; sólo desaparecen las “divisiones” y las ofensas que constituyen un obstáculo radical a la organización moral de la humanidad».

Lo que en este pasaje, henchido de doctrina, sostiene Soloviev, es que el sujeto de las relaciones morales, el hombre a quien hay que amar, es el hombre concreto, completo y vivo, el hombre con patria y con ideales, y no el «homo sapiens» de Linneo, o el contratante social de Rousseau, o más bien el «homo oeconomicus», ese horrendo ente de ficción del pasado siglo, sobre el que operaron cuantos sostenían que la humanidad se rige por cosas e intereses y no por hombres e ideas, es decir, los materialistas de la historia, llámeseles conservadores o marxistas, que son una misma cosa. La patria para el conservador materialista no pasa de ser una categoría geográfica y a lo sumo un nexo de intereses, en rigor una hipoteca de los tenedores de la deuda pública. Y tan sin patria eran y son los grandes señores conservadores como aquellos otros a quienes ellos motejan de sin patria.

Añade Soloviev: «La obligación de amar a las otras nacionalidades como a la propia, no implica de hecho la “identidad psicológica” de los sentimientos, sino tan sólo la “igualdad moral” de la voluntad; debo desear para los otros pueblos el mismo verdadero bien que deseo para el mío propio. Este amor de buena voluntad debe ser el mismo en ambos casos, porque el verdadero bien es uno e indivisible. Y por supuesto se da que este amor moral está ligado a la inteligencia psicológica y a la justificación de las particularidades positivas de todas las naciones extranjeras; cuando nuestra voluntad moral destruye la locura y la grosería de los odios nacionales, comenzamos a conocer y apreciar las naciones extranjeras y comienzan a agradarnos. Pero este amor de justificación no puede ser idéntico al que tengo por mi propio pueblo, lo mismo que el sincero amor que el Evangelio me ordena tener para con mi prójimo si ha de ser, desde el punto de vista moral, igual al que tengo a mí mismo, no puede serle psicológicamente idéntico. “Yo y mi pueblo” poseemos la superioridad incontestable de ser puntos de partida. Y con este equívoco desaparece toda objeción seria contra nuestro principio: “Ama a todos los otros pueblos como ames al tuyo”».

Hasta aquí las admirables palabras de Soloviev. Y ahora, ¿por qué no ama uno al prójimo como a sí mismo? Porque no sabe amarse a sí mismo, ni aun se conoce. Y, ¿por qué no amamos a otros pueblos como al nuestro propio? Porque no sabemos amar a nuestro pueblo, ni lo conocemos. Porque no hay conciencia pública nacional.

Miguel de Unamuno.

15. BURGUESÍA INTELLECTUAL

Hablándome de cierta campaña de Prensa en la que tomé alguna, aunque muy pequeña parte, decíame un amigo que no comprendía bien la animadversión que a las gentes acomodadas, de buen pasar económico, manifestamos algunos y empezó a hacerme la apología de esas gentes y a querer demostrarme una cosa de que estoy perfectamente convencido, cual es el valor y el valer de ese elemento social.

Tuve que decirle que por lo que a mí hace, mi animadversión no es tanto a la burguesía económica cuanto a la burguesía intelectual, a la clase media de la inteligencia y del conocimiento. Tuve que decirle que detesto no a las gentes ordenadas y disciplinadas, sino a las que se llaman a sí mismas de orden y están a todas horas pregonando la disciplina... ajena, lo que es muy distinto. Y tuve, por último, que explicarme que mi pequeña intervención en aquella campaña se debió a que siento que uno de los mayores males de mi patria —y no sé si de otras también— es el no pensar los hombres por cuenta propia, el descansar en fe implícita o de carbonero, el no saber o no querer sacudirse de los dogmas de sentido común, la ramplonería, en fin. Y esta ramplonería es lo característico de nuestra burguesía intelectual. Vamos a explicarnos.

Se ha dado en economía social el nombre de burgueses, a aquellos que viven no de su trabajo, sino de rentas de su capital, es decir, del trabajo ajeno. Cierto es que suele también llamársele burgués al que vive una vida de rico merced a un trabajo muy bien retribuido, y hay quien estima que la diferencia en la remuneración del trabajo —la que media, por ejemplo, entre lo que cobra un albañil y el abogado o el médico que más ganen en Madrid con su profesión— es una de las más grandes injusticias sociales. Y así creo que sea. Mas dejemos esto y todo lo que de una manera o de otra implique monopolio. Y nos quedamos con que llamamos burgués al que vive, sin trabajar, de rentas de un capital cualquiera, es decir, de trabajo ajeno. Prescindiendo de complicaciones, como la de que muchísimas personas viven, a la vez que del trabajo ajeno, del propio.

Y llamaré burguesía intelectual a aquella clase de personas que no piensan por sí, sino que para sus menesteres intelectuales viven, o más bien vegetan espiritualmente, de pensamiento ajeno. Y casi siempre de pensamiento inmueble, capitalizado, dogmatizado, esto es, muerto. Y contra esa clase es contra la que me he revuelto siempre. La cual clase puede o no coincidir con la burguesía económica, aunque ese hecho casi siempre coincida. Parece que haya un sino fatal que les lleva a aquellos que viven de rentas, es decir: de trabajo ajeno, a pensar —si es que piensan— con pensamiento ajeno. El parasitismo económico lleva consigo el parasitismo mental y espiritual.

Lo más hórrido de nuestra hórrida clase media española es la ramplonería de su pensamiento. Es decir; ¡suyo no!, del pensamiento que toman a préstamo para ahorrarse, por pereza mental, el trabajo de pensar. Lo más hórrido de nuestra

hórrida clase media española, del vulgo de nuestros burgueses —los más de ellos con título académico, siquiera el de bachiller de artes— es que viven de lugares comunes y tópicos, que de ordinario no son más que vaciedades. Es una clase de un misonerismo intelectual pavoroso y de un terror pánico a que se la quiera hacer pensar en algo por cuenta propia. No quiere quebraderos de cabeza y por lo tanto se atiene a la fe implícita o del carbonero y a una ortodoxia cualquiera. Su horror es la heterodoxia, la herejía, el pensamiento propio.

Conviene recordar al lector que la fe implícita es la que descansa en la autoridad del que nos afirma algo, aunque ni entendamos ni acaso sepamos qué es lo que afirma. Es la de aquel carbonero que al preguntarle qué creía, respondió que cuanto cree y enseña la santa Madre Iglesia, y al volver a preguntar qué es lo que ésta enseña y cree, replicó que lo que él creía, y no le sacaron de ahí ni sabía más. Y por eso se llama a la fe implícita fe del carbonero —del que hace carbón— y no del carbonario, que es otra cosa. Aunque la fe del carbonario pueda serlo de carbonero.

Nuestra burguesía intelectual, pues, se alimenta de fe de carbonero. ¡Y en qué autoridades reposa! Nuestra burguesía intelectual quiere que el periódico que lee a diario y con el que se desayuna intelectualmente, le dé resueltos los problemas todos y la verdad del día. Pero, sobre todo, que no se meta en ciertos problemas, que no le escarbe y recueja los entresijos de la conciencia, que no le inquiete, que no le desazone, que no le haga pensar en ciertas cosas, que no se salga, en fin, de los dogmas religiosos, sociales, políticos, estéticos, científicos, etc., más recibidos entre las personas de sano sentido común.

¡Sobre todo ortodoxia! ¡Una ortodoxia cualquiera! Y así ocurre que los ortodoxos de aquí simpatizan con los ortodoxos de Alemania, de China o del Tíbet, aunque la «doxia» de los unos sea diferente y hasta opuesta a la de los otros. El burgués intelectual estima —aunque no se dé clara cuenta de ella, como no se da cuenta clara de nada—, que hay que ser católico apostólico romano en España, luterano en Prusia, mahometano en Turquía y budista en el Tíbet. La cuestión es no pensar.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo decía, con aire triunfante, que en España apenas ha habido herejes. Lo que sólo quiere decir que apenas ha habido fe, verdadera fe, fe explícita y consciente y razonada. La escasez de herejes sólo significa que no se ha pensado el pensamiento religioso, que el dogma no ha sido más que una cosa muerta, un pretexto para no pensar y un escudo de violencias pasionales troglodíticas. La cuestión era morir y matar por la fe de nuestros mayores, sin saber bien en qué consistía, y sólo por ser de los mayores, nada más que por ser cosa heredada y no adquirida con propio trabajo mental. La cosa es, repito, no pensar. Y así, no hemos tenido herejes, pero tampoco teólogos originales. Nuestros teólogos no pasan, en general, de compiladores y conminadores más o menos eruditos. Autores de libros de texto para la enseñanza escolástica, como si dijéramos.

Y hay no sólo la ortodoxia nacional religiosa; la hay estética, política y hasta patriótica. Y precisamente lo que más nos irrita a los que vemos todo el abismo de abyección mental en que tiene postrada a nuestra patria la feliz manía de no pensar, es que haya órganos de nuestra burguesía intelectual, cultivadores celosos de la ramplonería intelectual ambiente, que pretendan fundar y establecer la ortodoxia patriótica. No hay más manera de querer y servir a España que la que ellos, erigiéndose en santos padres, definen. Ellos tienen la exclusiva del verdadero amor patriótico. Pero si sus doctrinas y procedimientos predominasen, España se convertiría en un país tan tranquilo, tan pacífico, tan ordenado y tan disciplinado y ortodoxo como un cementerio. Tendríamos paz, sí, pero sería la paz de los sepulcros espirituales. Y aun algo peor; sepulcros blanqueados por fuera y podredumbre dentro. Porque el último fondo de la burguesía intelectual no es sino podredumbre: la podredumbre de la envidia.

Miguel de Unamuno.

16. ¡TODO LO HACE EL GARBANZO!

Se ha dicho de los refranes que encierran la sabiduría popular. Y lo mismo cabe decir de ciertas frases corrientes y usuales. Sólo que esa sabiduría no pasa de ser cazurrería la mayor parte de las veces.

El hombre inventa teorías éticas para justificar su conducta. No es que obre con arreglo a ciertos principios de moral o de lógica, es que inventa esos principios, ya de moral, ya de lógica, para explicar a los demás y explicarse a sí mismo su manera de obrar, para justificarse ante los demás y ante la propia conciencia.

Y lo mismo que se le ocurre al hombre individual ocurrese al hombre colectivo, al pueblo. Cada pueblo inventa un número de teorías para justificarse ante los demás pueblos y ante su propia conciencia colectiva. Y se queda luego tan satisfecho.

Cuando alguien se expresa contra el opresivo ámbito de cobardía y de pordiosería que está oprimiendo a España y habla de vergonzosos silenciosos y de más vergonzosas rupturas de él, suele contestársele: ¡Todo lo hace el garbanzo! Y la pobreza, supuesta o real, ha venido a ser la tapadera de la mayor parte de nuestras ignominias. Ella fue la explicación de nuestro picarismo. A tal punto que de nuestra clásica literatura picaresca podría muy bien extraerse una filosofía de la miseria. Y no sólo de la miseria económica, sino de la miseria moral.

¿Es cierto, como aquí se dice y se repite, que es la independencia económica, la que da la independencia moral, la dignidad, o no será más bien que es ésta la que da aquella? ¿Somos indignos porque seguimos siendo pobres, o seguimos siendo pobres porque somos indignos?

La más difícil sabiduría —lo hemos dicho muchas veces— es la de saber ser pobre. Y el que no sepa ser pobre cuando lo sea, no sabrá ser rico cuando llegue a serlo, si a ello llega. El que siendo pobre crea que todo lo hace el garbanzo, cuando llegue a rico verá que hay riquezas que degradan más aún que el garbanzo.

No, las indignidades, las abyecciones, las vilezas morales mayores que he visto en nuestra patria, no se han debido al todopoderío del garbanzo. He conocido señores bien acomodados que han descendido a los últimos escalones del servilismo por lograr un cintajo o un puesto de relumbrón, en el que nada hacían pero que les daba una grotesca prestancia ante un rebaño de imbéciles. Por una gran cruz, por una senaduría, por un título comprado, ¡qué de vilezas no se comete!

Y luego eso de que todo lo hace el garbanzo, es un cómodo achaque para justificar la propia poltronería. Porque la característica cobardía de los españoles de hoy no es, en el fondo, más que poltronería. No es miedo al riesgo; es horror al esfuerzo. Si no atacan, no es tanto por temor a que les maten en la batalla, cuanto por no tomarse el trabajo de atacar, por no gastar esfuerzo. Hay quien se deja imponer un tributo injusto, por no cansarse en protestar. Conviene repetirlo mucho y que todos nos fijemos bien en ello: nuestra cobardía no es más que poltronería.

Y buena prueba de ello es que cuando el valor significa ahorro de esfuerzo, cuando afrontando el riesgo no escatimamos un trabajo, entonces somos valentísimos. Con tal de no trabajar, un torerillo de capeas se expone a que le coja un toro o un tren. Y es que no sabe ser pobre. El «¡más cornás da el hambre!» del célebre Espartero —más célebre que el general— es otra versión del «todo lo hace el garbanzo». Pero las cornadas no es el hambre, es la poltronería la que las da.

«¿Y qué va usted a sacar de eso?», le preguntan a uno. O bien: «¡trabajo perdido!», como si algún trabajo se perdiera. Y cuando dicen: «¿pero ese hombre qué es lo que se propone con eso que hace y dice? Estará loco...».

Y es la verdad. Aquí estamos locos todos los que no creemos que todo lo hace el garbanzo ni buscamos satisfacer vanidades de candidato a jefe de administración superior. El orgullo es una locura. Lo único cuerdo es la vanidad.

Y hoy puede uno hacer en España todo lo que se le antoje. Aseguro a mis lectores que a seguir como van las cosas, llegará día en que si se presenta un anarquista decentemente vestido a la puerta del Palacio de Oriente y llevando una bomba en la mano y al preguntarle qué se propone responde que divertirse, echándola en el salón del trono, mandarán que se evacuen las estancias, le dejarán pasar y tomarán medidas para que se oiga lo menos posible el estrépito y se diga luego que fue un accidente casual.

Aquí, donde se dice que todo lo hace el garbanzo, donde se proclama el todopoderío del vientre, se puede todo. Y si hay alguien que no tema a la pobreza, y si llega el heroísmo tampoco al hambre, ese es el verdaderamente libre, el verdaderamente poderoso. ¿Libre? ¡Libre, no! Porque no se puede ser libre donde los

demás no lo sean. Como es difícilísimo ser trabajador entre haraganes. La depresión pública alcanza a todos, incluso a aquellos que más se oponen a ella. Y llega fácilmente el desaliento.

¿No se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?, se preguntaba Larra. Y en todo problema social, lo más difícil de dilucidar es cuál es la causa y cuál el efecto, si A produce B o B produce A. Sucediendo de ordinario que se producen mutuamente y que eso de causa y de efecto es algo artificial, muy conveniente para ciertos fines prácticos, pero nada más. Y al atacar los males, lo mismo da atacarlos en la supuesta causa que en el supuesto efecto.

«Eres demasiado joven aún para significarte y tomar partido —le dice un padre a su hijo—, aguarda a haber conseguido una posición y entonces tendrás derecho para opinar». Mas como para obtener la posición esa necesita a las veces aparentar una opinión cualquiera, la adhesión a un caudillo, cuando ha logrado colocarse ya tiene vendida su conciencia y su dignidad moral con ella. Y llega un día en que preso en una red de intereses creados y de compromisos, no puede ser ya bueno, es decir, sincero, digno, libre de conciencia, aunque quiera.

¡Con qué melancolía me decía una vez un viejo político provincial que si él tuviese veinte años menos haría y diría lo que veinte años antes ni hizo ni dijo! «Yo tengo que combatir esa campaña que ustedes hacen —me decía— pero estoy conforme con ustedes y veo que tienen razón. Y aun dicen poco».

Me dio lástima de aquel hombre, inteligentísimo y en el fondo bien intencionado y hasta generoso, que se veía preso de sus mismas mañas, las que acaso inculcaba a los suyos, que quería ver prosperar. Y eso es lo que explica la tristeza de ciertos hombres de quienes cree el mundo que han triunfado y se han salido con la suya y los estima hábiles. Es que el garbanzo, ese garbanzo que lo hace todo, es de muy difícil digestión y un asiento de ellos es cosa terrible. Es mejor acostarse a morir con el estómago vacío que con un asiento de garbanzos. Y mejor morirse de hambre que de indigestión de ellos.

Miguel de Unamuno.

17. MATAR LA ETERNIDAD

Al lector que me acusa de pesimista y hasta de fúnebre, tengo que decirle cómo se equivoca y por qué. Primero recordarle el credo optimista que publiqué en una de estas mismas hojas —el 20 de octubre de 1913— y del que acaso se haya olvidado si es que lo leyó. Y luego cómo al realzar cualquier doctrina al campo de lo trascendental nos libertamos de ella. Del mismo modo que se le erige a uno en un altar para quitárselo de delante.

Sí, amigo mío, no hay sino convertir nuestras molestias en metafísica para remediarnos de ellas. Y he aquí por qué creo que nos conviene hacer filosofía de nuestras preocupaciones nacionales.

¿No ha observado usted lo ricamente que se las componen en la vida los pirro-nianos teóricos, los que establecen el principio de que no hay modo de tener certidumbre de verdad alguna? A esas gentes de la duda metódica o sistemática no hay medio de meterles un duro falso. Es decir, ¡veamos! Hay filósofo que se cree en la obligación profesional de poner en duda la existencia objetiva del mundo exterior o la de su propia conciencia personal, pero no se le ocurre dudar de la verdad de los boletines del gobierno de su patria o de las previsiones del Estado Mayor del ejército de ella. Cuando un individuo humano llega a declarar, como declaró Natorp, filósofo profesional, que el individuo humano, es decir, él mismo, no es, como el átomo, más que una abstracción, ¿por qué no ha de tragarse cualquier rueda de molino que le dé a comulgar la autoridad competente del pueblo a que pertenece?

Una cosa parecida ocurre con el absoluto nihilismo. Decir que todo es nada es lo mismo que decir que nada es todo, o que nada es nada o que todo es todo. Es una delicia moverse entre proposiciones absolutas. Mucho más divertido que hacer rizos aeroplánicos por encima de las nubes, y sobre todo menos expuesto. El que ha gustado una vez ese deporte filosófico no se desapega ya de él. Atribuyo a nuestro maravilloso nihilismo hispánico —que es nuestra más castiza filosofía inconsciente— la admirable ecuanimidad, casi bovina, con que tomamos los bienes y los males. Todo nos resbala que es un consuelo.

Dos cuartos de lo mismo acaece con la exaltación del yo. Como me ha oído usted decir cientos de veces —lo que no es parte para que no me lo vuelva usted a oír otros cientos de veces más— el mejor remedio del bajo egoísmo es el egotismo. Si yo le convierto a usted en una cosa mía, si yo declaro y siento que usted, lector mío, no es más que un estado de mi conciencia, y que fuera de mí no es usted nadie, le trataré y le querré como a algo propio. Conviénele a usted, pues, que yo proclame que está usted dentro de mi reino y es un sujeto, o si se quiere súbdito, mío. ¿Empezamos a entendernos?

Y ahora viene lo del pesimismo. Usted conoce algo, sin duda, a aquel viejo prusiano, malhumorado mientras no tuvo el público a que se creía con derecho, que se llamó Arturo Schopenhauer y que enseñó que este mundo —mejor dicho, el mundo en que él vivía— es el peor de todos los posibles. Gracias a lo cual se las arregló tan bien como Leibnitz, que había declarado que este es el mejor de los mundos, y gozó de la vida cuanto supo y pudo. Y hasta vivió setenta y dos años, dos más que el otro, y si no llegó a más viejo no fue por falta de ganas, pues en cuanto asomó la peste por su tierra se apresuró a escaparse para poder conservar el preciosísimo bien del mal trascendente de la existencia.

Pues bien, señor mío, yo creo que el mejor remedio para las quejumbrosidades y jeremiadas que están infestando a una buena parte, y la parte más

buena acaso, de nuestro pueblo, es persuadirnos todos de que nada vale en último trámite nada, de que el mundo no tiene ni pies ni cabeza, ni cabo ni rabo, ni sentido ni finalidad, y ponernos luego a sacarles todo el mal que pueda dar de sí.

Me dirá usted, señor y lector mío, que si las posiciones absolutas contradictorias acaban por identificarse entre sí y si es lo mismo —como así es— decir que este mundo es el mejor como decir que es el peor, no vale la pena de perder el tiempo en esas vaguedades y galimatías. Pero se equivoca usted. Entre afirmar una cosa y otra no hay diferencia de doctrina, pero la hay de tono y de estilo. Y para la vida el tono y el estilo son lo más. La letra de nuestras creencias y opiniones importa muy poco; lo importante es su música. Y la experiencia enseña que no hay gentes más divertidas ni más graciosas que las que llevan tétrico el poso del corazón. Los hombres alegres no divierten sino a los simples.

Fíjese usted, si no, en eso que llaman ironía sin hiel; ¿ha visto usted nada más insípido? Y yo sostengo que todos esos escritores eutrapélicos —ya que está de moda la palabreja— proveedores de chistes, colmos y chascarrillos no están sino entenebreciendo el alma de nuestro pueblo. ¿Es posible que al llegar a un hombre sensitivo a su casa, después de haber reído una piecita de género ínfimo, henchida de camelancias, y al encontrarse ante el menguado puchero doméstico haga otra cosa que llorar por dentro y desesperarse? Y en cambio, el que de vuelta de un cementerio y de haber en él meditado el «ser o no ser» hamletiano y el «morir habemos» cartujano, se encuentra con un succulento y caliente plato de lentejas no puede menos que sentirse confortado al exclamar: «¡todavía vivo!». La tragedia es mucho más aperitiva que la comedia.

Lo que debemos hacer es metafisicar nuestras desesperanzas y desilusiones, elevarlas a la potencia infinitesimal, y todo se arregla. El día en que todas esas voces de desaliento y de desgana se fundan en una doctrina absoluta, estamos al cabo de nuestro callejón.

Y luego, ya lo sabe usted, que todos esos desgraciados que juegan con las palabras aprendan a jugar con las ideas. Todo es juego, es verdad, pero no es lo mismo jugar con un sonajero, como los niños de teta, que jugar con una pistola o con un cañón, como los hombres hechos y derechos. El sonajero no se dispara, y donde no hay peligro de vida, o de dicha, no hay goce digno de un hombre. Y da pena ver a un pueblo niño, mamoncillo, divirtiéndose con sonajeros. ¡Porque lo malo es que se pone a chuparlos y, claro, no saca nada y se consume de hambre!

Dime de qué te ríes y te diré quién eres. ¡Y vea usted de qué cosas se ríe nuestro público...! Porque las otras, las únicas merecedoras de ser reídas, le levantan jaqueca.

Mientras haya entre nosotros tantos brutos completamente persuadidos de la verdad de cuanto dicen y perfectamente convencidos de su propia existencia maciza y duradera, estamos los demás perdidos. Porque con esa gente no se puede vivir en paz. Yo llego a resistir a un hombre que dice todo lo que cree,

pero a uno que cree todo lo que dice, a este no le puedo aguantar. Y habrá usted visto, señor mío, que ahora, con motivo de la guerra europea, nuestros trogloditas se han salido de sus cavernas y están mostrando a toda luz las vergüenzas de sus inquebrantables prejuicios. Son todos los convencidos antes de haber estudiado, todos los que no quieren oír, todos los que de nacimiento saben a qué atenerse. Dios nos libre de los hombres que no dudan ni tiemblan.

¿Revolucionario, dice usted? Lo revolucionario hoy y aquí es disgregar, corroer, confundir, inquietar. Nuestro abatimiento de hecho no proviene de falta de fe, proviene de que se duda poco. La mayor parte de la gente que conozco está muy satisfecha de haber nacido, y muy segura además de que nació con la verdad absoluta alojada dentro de la crisma, y por eso se complace en repetir que estamos mal, que vamos de mal en peor, sin procurar remedio. Porque si esto se arreglara, ¿cómo iban a divertirse en quejarse? Sus lamentos son como los de los duelos en los que los concurrentes se solazan lamentando al difunto. En un entierro se cierne siempre un vaho de complacencia; los que acuden a él se miran unos a otros como diciéndose: todavía no nos hemos muerto. Lo que no siempre es verdad, a pesar de las apariencias.

Con que ya lo sabe usted, señor mío, la cuestión es jugar con ideas que se disparen y no con sonajeros, y convencernos de que todo es uno y lo mismo y de que nada conduce a nada, para ponernos luego a vivir febrilmente, apasionadamente, desesperadamente. Hay que matar la eternidad.

Miguel de Unamuno.